

*Un capricho
del*

corazón



Kate Ross



*Un capricho
del
corazón*



3

KATE ROSS

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

Epilogo

Título: Un capricho del corazón. Parte 3.

©Kate Ross

©Dolce Books

Primera edición: julio, 2017

Diseño: MunyxDesign

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.





Prólogo

Mi cabeza flota en un limbo sin retorno o dirección. Mis extremidades queman como si cada centímetro de piel estuviera siendo sometido a un hierro caliente. Mi mente permanece liviana, receptiva a cualquier estímulo, preparada para darle la bienvenida al dolor del castigo o al placer del alivio. He perdido la cuenta de las horas, días, tal vez semanas, que llevo cautiva en este agujero. Cada vez que intento recordar algo, si quiera la fecha del día que me raptó, o buscar un punto de referencia para saberlo, mis neuronas chillan en agonía, por lo que he aprendido a conformarme con reconocer mi entorno. Después de que empezara a usar drogas conmigo para mantenerme sumisa, es algo de lo que tengo que estar agradecida: de si quiera poder decir lo que me rodea.

Sé que para la cantidad de drogas que mete en mí debo dar las gracias por el hecho de aún poder pensar por mí misma, de tener consciencia propia, voluntad, todavía. En mi interior, por lo menos, ya que en el exterior estoy cien por ciento sometida a sus caprichos. Eso no quita que una parte de mí se rompa cada vez que ejecuto alguno de sus locos pedidos, por más mínimo que sea, para sobrevivir. Aunque, pensándolo bien, éstos no han sido tanto. Sólo ha exigido obediencia absoluta.

Casi nada.

A cambio de obedecerlo *absolutamente en todo* obtengo más crueldad, cada vez más intensa y más de ese estremecedor tono demandante, cariñoso y falsamente misericordioso. Me abstendría de hacerlo si llevarle la contraria no significara el doble de ese sufrimiento. Es increíble como una persona

puede hacerle tanto daño a otra. Aquí he aprendido que el hecho de que algunos no se levanten luego de ser víctimas de una tortura similar a esta o directamente proporcional en daño no son una exageración. Este tipo de experiencias se graba a fuego en tu alma, no sólo en tu piel o mente. Es más profundo que eso. Es como llevar un ancla permanentemente atada a tu tobillo, arrastrándote a las profundidades del océano, sin que tengas la llave para liberarte.

Es así como me siento.

Ahogada. Hambrienta. Desesperada.

El sótano en el que estoy tiene un olor característico a moho y azufre que, si me concentro mucho en él, me causa náuseas. No hay forma en la que pueda incorporarme, así que intento no respirar demasiado hondo si no quiero ahogarme en mi propio vómito. Después de todo lo que he pasado, sería una muerte estúpida. La madera de la cama sobre la que estoy, por otro lado, chilla cada vez que me muevo. Está tan vieja y destartalada que lo hace, aunque lo que haga sea respirar, que a su vez, puesto a cada mínimo movimiento mis muñecas y tobillos, con heridas frescas por la lucha contra las ataduras a los extremos de la cama, protestan, es lo único que puedo hacer. Creo que esa es la razón por la que Dean no lo ha llevado más allá: su miedo por terminar en el suelo conmigo. Esa no sería una buena foto para su portafolio psicópata.

Gracias a Dios por su ego Dexter.

Mis dientes castañean con violencia mientras mi cuerpo desnudo intenta sobrevivir a la baja temperatura a la que está siendo sometido en otro de sus juegos viles. Éste consiste en variar drásticamente la temperatura del sótano una vez me haya adaptado a ella. Minutos después, a penas dejo de temblar, el calor hace que mi cabeza de vueltas y mi cabello se peguen a mi rostro por el sudor. Gimo, sedienta como si estuviera en el Sahara, cuando mi garganta quema por agua. Sólo cuando cada rincón de mi piel está en ebullición, la oleada de frío comienza. Eso envía agujonazos de dolor a mi mente. Mi cabeza se siente como si estuviera a punto de explotar. Como si una presión quisiera ser liberada. Eventualmente, temerosa, me acostumbro al frío entre temblores. Cuento en voz baja, *uno, dos, tres... cuarenta, cien...* esperando el

golpe del contraste.

El sonido de la puerta, *esa puerta*, abriéndose, me interrumpe.

—Ellie...

Sus manos acariciando un costado de mi rostro envían estremecimientos por todo mi cuerpo. Como siempre, luce hermoso en un traje de ejecutivo a la medida y el cabello perfectamente despeinado, sólo que de una forma más macabra en comparación con su hermano. Su hermano... Liam. Mi Liam. Mis ojos lloran, sólo que, por un motivo diferente, al recordarlo. Antes no lograba identificar a ninguno de ellos en lo que se refería a nuestra historia juntos, ya que ambos me habían mentado, pero ahora me daba cuenta de que este hombre frente a mí, mi captor, jamás pudo haber sido mi dulce gemelo Jones. Siguen siendo extremadamente parecidos, por cierto, la cosa es que ahora estoy segura de que cualquiera, incluso un niño pequeño, podría diferenciarlos. Mientras que Liam consiguió hacer que mi cuerpo se encontrara en su punto de ebullición con tan solo un roce, su tacto es tan frío que quema, pero no sólo se trata de eso.

Está más delgado. Las ojeras bajo sus ojos son prominentes en contraste con su pálido y enfermizo tono de piel. Supongo que son producto de su observación las veinticuatro horas. No puedes dormir, ir al supermercado y romper a alguien al mismo tiempo y conociéndolo, probablemente está actuando solo. Dean es lo suficientemente inteligente como para no confiar en nadie ante este tipo de situaciones, ni en los negocios y en realidad, en nada. Ese hecho, que no haya nadie más que él tras esa puerta, enciende un pequeño brillo de esperanza dentro de mí. Si algún día consigo estar lo suficientemente fuerte, podría golpearlo o sacarlo de juego cuando esté libre de ataduras mientras me ducho o me saca a pasear como un perro a su sala de estar, la cual no es muy diferente a dónde estoy. Sólo hay un sillón individual con estampado floral donde suele sentarse y pedirme que me ponga sobre sus piernas para poder acariciar mi cabello, una vieja alfombra con más polvo que hebras de tela, una mesa y un viejo televisor. Es bastante rural, lo que me hace deducir que tal vez estemos en medio de la nada en alguna montaña o zona bastante alejada. Eso explicaría por qué nadie ha escuchado mis gritos.

Eso también hace que la chispa de esperanza se apague.

Salir de aquí podría no significar sobrevivir.

— ¿Cómo estás, Elizabeth? —me pregunta con cariño sobreactuado. Sollozo con una fuerza desgarradora—. ¿Te encuentras a gusto con la temperatura?

Asiento entre temblores.

—Sí, Liam, estoy a gusto con la temperatura. —Mi voz suena ronca, rasposa, arrastrada... *rota*. Sin embargo, por el hambre en sus ojos, no tanto como él quiere que lo esté—. Por favor, no la cambies de nuevo —rogué con los ojos empañados en lágrimas—. No creo que sea capaz de soportarlo. No otra vez, Liam, por favor. No... no lo resistiré. —Un hipido escapa de mis labios—. Por favor, no lo hagas, por favor.

Su mirada brilla con satisfacción.

—No lo haré, preciosa. —Se arrodilla junto a mí. De esta forma su rostro queda a centímetros del mío. Siento su aliento chocar con mi nariz—. O tal vez sí, no lo sé... —El pánico en mi rostro lo hace reír—. Veamos. Dejaré de jugar con el termómetro si cooperas. Quiero algo a cambio, tienes que darme algo con lo que entretenerme, ¿no crees que sea lo justo si renuncio a mi diversión por ti? Estaría sacrificándome a cambio de nada si lo hago. Sabes que no me gusta perder.

—Sí, Liam, lo es. Lo justo es que te complazca de alguna manera, haré lo que sea, pero por favor no sigas torturándome así. —Me trago mis sollozos. No dejaré escapar la oportunidad para detener esta tortura. Temo no ser capaz de sentir en lo absoluto, ni siquiera una brisa de verano o los rayos de sol, una vez salga de aquí, si es que alguna vez lo hago—. ¿Qué... qué quieres a cambio? Haré cualquier cosa.

Tarda tanto tiempo en responder, sin hacer nada más que mirarme, que empiezo a arrepentirme. El hecho de que esté pensando tanto antes de dictar mi sentencia significa que está siendo creativo. Trago con fuerza ante lo que podría significar el cambio de una tortura por otra más fuerte.

Soy una completa estúpida. *Idiota*.

—Un beso —dice.

Palidezco mirándolo desde abajo, intentando descifrar si juega o no conmigo.

— ¿Sólo... sólo eso?

—Sólo eso. —Sus dientes brillan en la oscuridad cuando sonrío—. Sólo bésame, Ellie y te mostraré que no soy tan malo como crees. Puedo enseñarte piedad. —Toma un mechón de mi cabello en sus dedos. Me encojo esperando un jalón, pero sólo lo acaricia—. Sé una chica buena y agrádeceme complaciéndome. —Se inclina sobre mí como un halcón esperando el próximo movimiento de su indefensa presa—. Hazlo.

No lo pienso dos veces. Obedezco.

Llevo mis labios a los suyos, guiada por el terror y la sumisión a sus deseos que se va construyendo en mí dentro de este sótano y los froto encima de ellos hasta que los separa. Cuando lo hace llevo mi lengua dentro de su boca, temiendo que, de no ser un beso lo suficientemente bueno, sus dedos se vean tentados a acercarse de nuevo al regulador. Enreda sus manos en mi cabello, manteniéndome en mi lugar, cuando con un gruñido me da a entender que tomará el control del intercambio. Alivio corre a través de mis venas. Aunque probablemente sea lo peor, me siento mejor conmigo misma si es él quien tiene las riendas. Me dejo hacer como una muñeca. Sin emitir sonidos de protestas. Sin quejas. Sin ir en su contra. En este mundo sólo vale él. Yo no soy nadie para llevarle la contraria y mucho menos, no hacer lo que quiera su retorcida mente. Si sólo me atrevo a pensar en algo que no sea lo que él espera de mí, la agonía no será medida al momento de hacerme entrar en razón.

Ni medida, ni escatimada.

No pararía hasta hacerme *entrar en razón*.

Me encojo cuando hace lo inesperado y provoca el crujido de la madera posicionándose sobre mí, sus dientes haciéndole daño a mis labios cuando nos separábamos para tomar aire, haciéndose hueco bruscamente entre mis piernas. Lágrimas descienden por mis mejillas mientras desabrocha sus pantalones y se estrella contra mí en una sucesión de golpes secos. El sentimiento de estar traicionando a alguien por no luchar más, por no batallar más en contra de lo inevitable, así sólo gane más dolor antes de ello, me tortura más que cualquier castigo o lección a la que me ha sometido antes.

Estoy segura de que Liam se habría sentido decepcionado. Defraudado. Sollozo escondiendo el rostro en la almohada. Esto es diferente a cualquier otra cosa que me haya hecho. Esto *viola* cualquier barrera que haya entre él y yo, nos hace uno. Íntimos de nuevo. Me encojo ante el familiar sonido de sus gruñidos satisfechos mientras más daño me hace. Luché tanto antes, me tomó tanto escapar de esto, que no termino de entender cómo es que terminé aquí de nuevo. O bien, si lo sé, me enamoré.

Me enamoré, de nuevo, de uno de ellos.

Así que, de nuevo, terminé en los brazos del otro.

Tiemblo. En lugar de pelear, pensé en él. En mi chico dulce. Veo sus ojos azules verdosos pensando en él. Imaginándolo a él. Creyendo que es él y no Dean. Imaginando que esto es consensuado, recordando cómo las llamas estallaron entre nosotros en el pasado, en el pasado cercano hace un tiempo y en el pasado hace años, como si fuéramos hechos el uno para el otro. Siempre lo he amado. Ahora lo sé. Ahora, que siento a Dean sobre mí y sé lo equivocado que se siente más allá de que ocurra en contra de mi voluntad, lo sé.

Y él estaría tan decepcionado ahora mismo de mí por no resistirme a ello como debería.

Lloré, pero no grité o peleé contra él.

Me rompí.

Me sometí, finalmente, a Dean.



Si el jodido infierno pudiera ser traído a la tierra o tuviera una entrada, seguramente luciría igual a este pedazo de terreno de mierda alejado de la sociedad. La cabaña en la que el dueño nos confesó tras un estimulante interrogatorio con Dan, alias, puños de acero, que Dean se ha quedado y en la que probablemente ha mantenido a Ellie cautiva por meses, es una destartalada estructura de madera en medio de la nada que parece llevar años sin recibir mantenimiento. Cómo no se ha derrumbado con una simple llovizna es un misterio. Hay musgo por todos lados, casi cubriéndola por entero y los cristales de sus ventanas están rotos, dejando entrever un vistazo de la sala casi abandonada. Estamos alejados de todo y de todos, así que puedo entender porqué nunca nadie reportó nada u observó algo fuera de lugar para hacerlo.

Nadie, *absolutamente nadie*, estaba ahí.

Cierro mis puños.

De nuevo, pensamientos sobre Elizabeth sola y vulnerable pidiendo ayuda, expuesta a cualquiera de los delirios de mi hermano, logra torturarme hasta el más último nervio.

—Toma, chico. —El sargento Thomas, un amigo del sargento Jackson que vino apenas recibió una llamada de éste, me da un chaleco antibalas antes de que el infierno se desate. Lo tomo y lo ajusto a mi cuerpo—. Por favor, sea lo que sea que veas allí dentro, no pierdas la calma. Tu mujer te necesita en tus cabales.

—No prometo nada. —Es lo único que puedo decir. Sé que perderé mi

cabeza una vez la vea. Sea lo que sea que Dean ha hecho con ella durante este tiempo, no puede ser bueno—. Demonios, sólo espero que esté bien. Una vez la compruebe, iré por el imbécil.

—Ella te necesita más de lo que tú necesitas saciar tu sed de sangre. —Dan, a mi lado, palmea mi hombro. Sé que ambos tienen razón. Ese expediente policial que enseña las veces que Ellie fue a la estación para denunciarlo por abuso no salen de la mente de ninguno de nosotros. Mucho menos de la mía. Si alguien conoce la verdadera naturaleza de Dean, soy yo. Estuve negándola por años mientras crecíamos, mi amor por él cegándome, pero ahora no me pondría la venda de nuevo. Menos cuando la vida de Ellie estaba en riesgo—. Tranquilízate. Ten tu tiempo con ella. Te juro que lo tendré para ti —añade al ver la incertidumbre en mi expresión.

—Lo único que quiero hacer ahora es...

Mi declaración de guerra se ve interrumpida por el sonido de la radio de Thomas. Lo escuchamos intercambiar unos cuantos códigos policiales con la base antes de que finalmente se dirija a nosotros y a los otros cuatro policías que nos acompañan en esto. Dos de ellos parecen novatos, mientras que los otros dos parecen tan viejos y experimentados como Jackson y Thomas. Junto con Paolo, un detective privado y Dan, un ex marine, son un equipo con el que puedo trabajar. Contaría a la pelirroja de a amiga de Elizabeth, pero el único aporte que podría dar sería el de torturar a Dean hasta la muerte con su voz.

—Ya es tiempo de entrar —dicta tras barrer la zona con su mirada—. Permanece tras nosotros. Una vez la encontremos, te quedarás con ella y Luis... —Uno de los oficiales jóvenes asiente—. Hasta que atrapemos a Dean. Estoy seguro de que, si el bastardo está adentro, nos lo hará difícil.

—Bien. —Tomo el arma, algo de tamaño mediano fácil de usar, que me ofrece—. Entremos.

Paolo se pone a mi lado—Aquí vamos.

Afirmo pasándole el seguro a mi pistola y dando un paso al frente tras las autoridades. Él, Dan y yo parecemos el trío vengador. Usamos ropa de camuflaje, protectores y cualquier mierda que pueda salvarnos de su locura o

ayudarnos a enfrentarla. A medida que entramos en la cabaña, como esperé, empiezo el proceso de empezar a perder mi puta cordura. La vivienda, si es que se puede llamar así, luce más tétrica por dentro que por fuera. Mucho más. Aún lado la cocina se encuentra vacía de enseres, comida y vida en general, al igual que el resto de la construcción, como si un maldito tornado hubiera pasado por aquí. La ignoro y cruzo la pequeña sala con un escaso mobiliario de sofá, alfombra, mesita y televisor y me dirijo directamente a las dos habitaciones al fondo. Un gruñido escapa de mis labios cuando los dos agentes mayores salen de ellas negando.

Ellie no está allí. Dean tampoco.

Mi corazón empieza a retirarse a ese puto sitio oscuro en el que ha estado encerrado desde que supe que él la tenía cuando escucho un grito. Tardo alrededor de dos segundos en darme cuenta de que se trata de mí rugiendo su nombre.

— ¡Elizabeth! —grito con todas mis fuerzas.

Ella jodidamente tiene que estar aquí.

Necesito que esté aquí.

—Liam... —Dan y Paolo se acercan con expresiones decaídas. Los empujo.

Algo me había dicho, cuando me levanté esta mañana, que iba a encontrarla. No estoy dispuesto a renunciar a eso todavía. No quiero hacerlo. No puedo.

Los empujo y sigo gritando su nombre sin obtener respuesta.

Al menos por los siguientes minutos, luego, está ese débil grito en respuesta proveniente de la rendija en la esquina. Es pequeño y apagado, pero ahí está. Y estoy seguro de que es ella. Mi maldito corazón me lo dice. Late con fuerza.

—Es ella —murmuro recomponiéndome y acercándome a la entrada de lo que parece un sótano.

Luis y Dan me ayudan a levantar la reja del suelo. Thomas es el primero que entra y ilumina el pasillo de la instalación subterránea, la cual tiene una de sus paredes prácticamente hecha de cristal. Gimo al darme cuenta de que se trata de alguna especie de vitrina para mirarla, jadeando con más fuerza al

notar los paneles y la computadora que enseña un primer plano de la cama en la que mi pequeña Ellie está atada, sollozando, en absoluta agonía. No entiendo hasta que me acerco a la entrada y el calor me noquea. Mientras intentan abrir la puerta de madera a la fuerza, me acerco al termostato y regulo la temperatura. *Maldición*. Dean estaba cocinándola viva.

Lo mataré jodidamente lento por esto, me prometí.

Una vez abren la puerta, me abalanzo dentro, sin importarme una mierda los demás y me dirijo a ella. Mi corazón cae cuando sus ojos avellana se abren temblorosos y se cruzan con los míos y destellan con algo que va más allá del miedo; una mezcla de pánico y terror. Anticipación. Eso es lo que necesito para confirmar que lo que sea que le haya hecho, no fue bueno. Lo hago por segunda vez al echarle un vistazo a su condición. Casi caigo sobre mis rodillas al evaluar el estado de su cuerpo desnudo cuando retiro la manta que la cubre. Hay verdugones, moratones realmente grandes, marcas que la cruzan de extremo a extremo e incluso algunas heridas abiertas por todos lados. Es un eufemismo decir que hay cicatrices causadas por Dean en cada centímetro de su piel, piel que solía ser perfecta hasta que entramos de nuevo en su vida como gorriones.

Hasta que lo atraje de nuevo a ella.

—Elizabeth... —susurro arrodillándome junto a la destartalada cama. Es vieja y rechina como mierda. Todo pensamiento se borra de mi mente, sin embargo, cuando la evaluó más de cerca. *Él la ha destruido*. Trago en agonía al ver las marcas de lucha en sus muñecas y tobillos. Sólo Luis y Paolo están conmigo. Dan renunció a acompañarme para ir tras de Dean. Probablemente es el más capacitado de todos para hacerlo—. Nena... ¿Qué hizo ese animal contigo? —Sus ojos parpadean desenfocados cuando el policía enciende la luz. El viene a nosotros y los alumbró con una linterna, moviéndola de un lado a otro sobre su rostro. Niega cuando termina su maldita inspección de sus signos vitales, midiendo su pulso y respiración también. No tiene que decirlo para saber de qué se trata, pero aun así lo hace.

—Está drogada. Probablemente no te entiende.

Mi garganta quema. Siento las lágrimas abandonar mis ojos.

Él le hizo esto. Le hizo esto sólo porque intenté tenerla.

Sé que está mal. Dean es el enfermo aquí, pero no puedo evitar pensar que es mi jodida culpa también. Nunca debí ir tras ella. Elizabeth estaría malditamente bien después de haber atravesado un infierno con Dean, con quién la dejé en primer lugar, sin tenernos a alguno de los dos cerca. Probablemente se habría recuperado y conseguido a alguien más para su feliz vida por siempre, dejándome malditamente destrozado, pero estaría bien y a salvo.

Esto es aún peor que verla con alguien más.

—Podría necesitar un lavado de estómago o alguna otra cosa que impida algún paro. Creo que Dean abusó accidentalmente de dosis antes de irse — continúa—. Podría morir si no actuamos rápido.

Joder, no, mierda, no. Elizabeth, mi Ellie, no puede morir.

Lo hace y lo único que me diferencia de mi hermano, mi corazón, desaparecerá con ella, entonces el mundo conocerá a otro monstruo Jones.

—Nena —sollozo—. Abre bien tus ojos. Recomponte. Por favor, di que sabes quién soy. No debes tener miedo. No de mí. No... —Cierro los ojos en medio de la lucha que es ir en contra de lo que siempre he pensado. Extiendo mi brazo y acaricio uno de los mechones de su cabello. Está mucho más largo que antes, pero también está sucio y seco. Parece que no ha sido cuidado en semanas. Solía resbalarse en mis dedos—. No soy como él. No soy él.

No me mira de nuevo. Está desenfocada. Temblando. Sonidos estrangulados escapan de sus labios cuando Paolo empieza a cortar las ataduras que la han mantenido ahí por lo que parece mucho tiempo según las marcas que dejan. La tomo entre mis brazos una vez es libre. Los huesos de su espalda protestan cuando lo hago, una muestra más del tiempo que debe llevar allí amarrada. La siento liviana, con señales de desnutrición y pequeña en ellos. Sus manos se aferran suavemente a mi chaleco antibalas mientras nos guío dentro de la camioneta que alquilé para venir. Paolo se sienta adelante y Luis va junto a él, dejándonos a Ellie y a mí atrás. La sostengo todo el trayecto fuera del infierno, a medida que nos separamos de él, el sudor corre por mi frente al ver cómo su rostro palidece y comienza a dormirse contra mí. Lloro como

nunca he llorado, como no lloré en el entierro de mis padres, como nunca lo hice cuando Dean jodía con mis cosas de niño, lloro porque no puedo soportar ver cómo la vida parece estar abandonando su maltratado cuerpo.

Cómo él la ha llevado a este punto, *destrozándola*.

La cubro con una cobija y le doy algo de agua en gotas, lo que parece ayudar un poco, mientras nos acercamos al hospital. La impotencia quema mis entrañas, haciéndome sentir absolutamente miserable. La frustración de ver a quién amas sufrir y no poder hacer nada me desgarrar por dentro como nada lo ha hecho. Una vez llegamos a la entrada de emergencias tomo una honda bocanada de aire. Antes quería acabar con mi hermano por separarla de mí. Ahora necesito hacerlo más de lo que necesito respirar.

De otra manera de ninguna jodida forma estaré bien conmigo mismo. No después de ver cómo la dejó por mi puta culpa. Seguramente Ellie, cuando se recupere, pensará que se trató de él y su obsesión con ella, pero yo sé que es por mí. Sé que cada marca sobre su piel es un claro mensaje para mí.

Si él no puede tenerlo, entonces lo arruinó para mí.

Yo nunca puedo ser el gemelo que gane.

Margaret llega media hora después de que Elizabeth es ingresada a cuidados intensivos por sobredosis. Un mensaje de Dan me hizo saber que Dean se encontraba fuera del área para cuando llegamos. Había huellas viejas de yantas para demostrar su partida quizás un par de horas antes de que llegáramos: repentina, pero a tiempo, lo que podría significar que fue advertido. Thomas manejaba la hipótesis de un chivo en la policía. No me sorprendería que Dean fuera capaz de comprar a alguien, tampoco que alguien se dejara comprar por él. Su capacidad para salirse con la suya desde siempre es indiscutible, pero aunque me jodía no ver su cara tras las rejas

ahora mismo, una parte de mí prefería que estuviera afuera.

Así podría ser yo quién lo encontrara e hiciera pagar.

— ¿Qué han dicho los doctores? —pregunta la mejor amiga de mi chica sentándose junto a mí, entre Dan y yo, con ojos llorosos. Paolo está en la entrada, apoyado en la pared, con expresión pensativa. No ha dicho una palabra desde que la encontramos—. ¿Me dirán de una vez por todas cómo la encontraron? Una persona no entra a UCI por nada. No debe estar bien.

—No lo está —confieso—. Dean ha estado maltratándola todos estos meses, realmente torturándola y probablemente sufrió una sobredosis. También... —Aclaro mi garganta. Hablar nunca se ha sentido tan difícil—. No soy médico, pero estoy seguro de que está desnutrida y deshidratada también.

Paolo se estremece.

—Viejo, creo que ha perdido unos veinte o veinticinco kilos. Elizabeth no sólo está desnutrida o deshidratada, está hecha polvo. —Mira a Margaret con intensidad—. Rota. Destrozada. Él la dañó, probablemente la violó y torturó hasta el límite.

—Basta —advierde Dan al ver cómo Mags empieza a sollozar en su costado y cómo yo me empiezo estremecer en mi asiento. *Violada*. No había pensado en la palabra con *V* hasta que Paolo la mencionó y saber que posiblemente sucedió me enferma—. Elizabeth se pondrá bien. Ha pasado por esto antes y, si pudo hacerlo y convertirse en la gran mujer que conocimos, lo hará ahora. —Eso es lo que todos queremos creer—. Le tomará tiempo, pero...

—Pura mierda —escupe Paolo—. Ser víctima de maltrato doméstico es completamente diferente a lo que sea que esa chica ha recibido de ese enfermo psicópata estos meses. —Se enfoca en mí. Su rostro destella con furia—. Esas marcas, esa jodida expresión vacía en su rostro... en su precioso rostro. Cuando la conocí tenía una sonrisa tan grande en él. Lucía tan viva. Tan feliz y amable. —Su mandíbula se aprieta—. Luego volvió a encontrarse contigo y todo, absolutamente todo, se fue a la mierda para ella. No puedo dejar de pensar que jugué un papel en esto por encontrarla para ti en primer lugar. Has estado tan obsesionado con ella como tu hermano durante todos estos años. En la jodida universidad no hacías nada más que

hablar de ella, joder, lo entiendo, es malditamente increíble y preciosa, pero si hubiera dicho que no a ayudarte a encontrarla quizás...

—Tú mismo lo has dicho: ha estado obsesionado con ella desde hace años. ¿Crees, sinceramente, que se hubiera detenido si le decías que no? Yo creo que simplemente hubiera contratado a alguien más para hallarla. No eres el único detective sobre la faz de la tierra —lo corta Dan con sequedad manteniéndome en mi sitio. Creo lo mismo que Paolo, que esto es mi culpa, pero no es su trabajo condenarme. La única que puede hacerlo está inconsciente en una cama de UCI—. Y si lo que quieres es malditamente echarle la culpa a alguien para sentirte mejor, puedes echármela a mí. Fui yo quien permitió que se la llevara. Fue por mi culpa que él la tomó.

—Como sea —gruñe dándose la vuelta y sentándose en el otro extremo—. Todos hemos participado en su destrucción y Liam es quién lo empezó, quieran verlo o no. —Siento el dolor de mis uñas clavándose en el interior de mis manos. Nunca me agradó del todo, en la actualidad sólo trabajábamos juntos, un favor por otro, porque ambos sabíamos que tan bueno es el otro ejerciendo. Puedo no tener un bufet, pero sé lo que hago. Jamás he estado tan cerca de mencionar su punto débil sólo para que se calle, sin embargo—. Sólo espero que sepan rezar para que Elizabeth se recupere porque si no lo hace, Dios me ayude, no sé cómo podré vivir conmigo mismo.

—Ninguno de nosotros lo sabrá —le dice Dan.

Margaret solloza más fuerte. Yo simplemente tiro mi cabeza hacia atrás, apoyándola contra la pared y cierro los ojos, contando los segundos hasta que el médico sale y se acerca a nosotros. Thomas dijo que era su prometido para que pudiéramos tener información sobre sus avances mientras sus padres llegan, por lo que viene directamente hacia mí, una expresión sombría en su rostro. Mientras me mira veo que parece sospechar de mí. Supongo que hay muchas mujeres golpeadas viniendo aquí, pero... joder. Cualquiera estaría ya en la cárcel por causar lo que Ellie ha sufrido, esposo o no, denuncia o no. El trato que recibió de Dean claramente rozaba lo inhumano, lo mismo que hacía con todos esos animales que me obligaba a cazar para él a cambio de no hacerle daño a nuestra mascota, un perro salchicha que tuvimos de niños y que al igual que nuestros padres murió bajo circunstancias sospechosas.

— ¿Es el prometido de la señorita Elizabeth? —Asiento levantándome de un salto. Nunca he querido tanto escuchar a alguien como ahora—. Bien, su diagnóstico es complicado. Tengo entendido por el sargento Thomas que ha sido rescatada de un secuestro. —De nuevo me da esa mirada sospechosa que hace que quiera abalanzarme sobre el cuello de su bata blanca—. Comienzo diciendo que nuestra paciente se encuentra en un grave estado de desnutrición y deshidratación, del cual se está recuperando con éxito y que presenta una serie de heridas superficiales bastante... bastante malas, pero afortunadamente nada que afecte internamente sus órganos. Su actividad cerebral está bien. Un milagro. Ha sido sometida por un tiempo bastante largo a las drogas. —Aclara su garganta—. Tratamos con ello justo ahora. En realidad, medicamento, no hay nada de lo que no nos podamos encargar con la atención adecuada. La paciente está fuera de peligro. —Exhaló el aire que había estado conteniendo—. Pero... hay ciertas cosas de las que me gustaría hablar con usted en privado.

Margaret se levanta de un salto. Cruza sus brazos sobre su pecho. Sé que va a protestar, pero antes de que lo haga le echo una mirada significativa a Dan para que la mantenga en su lugar. Arrastro al Dr. Juzgón a una esquina antes de que Paolo y ella empiecen una escena. El idiota había empezado a levantarse también.

—Habla —le ordeno.

El doc alza el mentón.

—Me sentiría más cómodo si me tratara con más respeto.

—Por favor —siseo.

—Eso está mejor. —Afirma—. Bien, la paciente muestra, además de todo lo mencionado con anterioridad, señales de haber sufrido una pérdida hace unos... dos meses. No de un embarazo completamente desarrollado, diría que el embrión llegó a los dos meses, pero no fue debido a causas naturales. Quizás el abuso sexual y la violencia a la que fue sometida durante este tiempo tuvieron que ver. Sé lo importante que es el apoyo de la pareja durante estas circunstancias, así que me gustaría pensar que recibirá todo su apoyo y comprensión para que así ella pueda...

Antes de que pueda terminar de hablar, estoy tomando una silla del suelo y arrojándola a la pared más cercana, partiéndola en dos.

Como me siento justo ahora. Ellie fue secuestrada hace cuatro meses y medio, casi cinco.

Mi bebé.

No es hasta que los padres de Elizabeth llegan que nos permiten visitarla. Entro con ellos usando un traje quirúrgico que me obligan a ponerme para no contagiarla de cualquier virus del exterior. Aún su sistema inmunológico está vulnerable y lo seguirá estando mientras se recupere. Lo hago sin rechistar porque estoy desesperado por verla. Su madre se desmorona a penas lo hace. Su padre sólo llora mientras sostiene su mano y ve lo que Dean, el chico al que le enseñó a atajar balones de Lacrosse y al que trató como a un miembro de la familia, hizo con su niña. A pesar de que ya no puedo llorar más, tengo la misma sensación de derrumbe que ellos sienten en este momento. Por ella, por lo frágil y rota que se ve sobre esas sábanas verdes, y por nuestro hijo perdido.

Un niño sano.

Un niño que debió haber nacido.

Un niño que debí haber protegido y que, ahora, debo vengar.



—Nena, despierta... —murmura mi dulce amor acariciando mechones de mi cabello. Arrugo la frente con mucho esfuerzo, aunque se siente más como una imagen mental que como un gesto en sí. *¿Cómo llegó aquí?*, me pregunto. *¿Por qué todo se siente tan liviano y bien, pero a la vez tan pesado?* Siento que todo me quema, no sé si es bueno o malo. *¿Dónde está Dean? ¿Se está haciendo pasar por Liam?* Niego. Es imposible. Él no podría hablarme así, de esa manera amorosa y dependiente, ni que usara todos sus viejos trucos psicópatas de actor—. Bebé, abre tus ojos, estamos esperándote. Tus padres están aquí. Margaret está aquí. Te extrañamos. Este tiempo sin ti, cuando creí que por fin te había recuperado... ha sido demasiado, Ellie. Dios sabe que debería dejarte ir, pero no puedo. Soy egoísta. Te quiero. Siempre te he querido. Ahora más que nunca, no importa lo que él te haya hecho, te ayudaré a salir de eso si me permites estar a tu lado. Eres la única que puede mantenernos separados. Lo... lo respetaré si es lo que quieres. —*No*. No es lo que quiero. Su suave toque viaja a la punta de mi nariz. Hace cosquillas, así que la arrugo. Ellos no son iguales, ya no—. Eso es, nena. Recobra la consciencia aunque sea por un momento. Necesito que me veas. Que me escuches —*ruega*—. Nunca he necesitado tanto a alguien como ahora, Ellie, te necesito tanto. Te amo.

Yo también, intento responder, pero las palabras no salen.

Lo intento, pero no salen.

Me canso y cedo.

Duermo de nuevo.

—No sabes lo feliz que me haría que te despertaras para que pudiera decirte que *te lo dije*. —Mamá. Es la voz de mamá. Es aguda y educada, pero snob. Crecí con ese ligero tono de superioridad al final de cada palabra—. Te dije que Dean no era el indicado, cielo, pero no me hiciste caso. —Llora con débiles hipidos. Si llora así sin saber ni la mitad de la historia, nunca le conté sobre el maltrato de Dean, ni me quiero imaginar cómo será cuando un día podamos sentarnos juntas y me saque, con sus técnicas, la información—. Estabas tan empeñada en salvarlo de sí mismo que no te diste cuenta de que te estabas sacrificando a ti misma por él. Lamento tanto no haber sido más estricta contigo, Elizabeth. Prohibirte verlos. Si lo hubiera hecho en vez de tratar emparejarte con Liam, Dios, estaba tan empeñada en ustedes dos juntos, no estarías aquí. Serías feliz. Lo lamento tanto por eso, bebé, siempre lo haré.

No respondo. Ni siquiera me esfuerzo.

No puedo quitarle la razón en lo que se refiere a Dean. La tiene en ese aspecto, pero en lo de ser feliz sin Liam... me cuesta creerlo cuando no recuerdo haber sido feliz con otra persona.

Cuando no me veo siéndolo con nadie más, incluso cuando ya ni siquiera recuerdo lo que es la felicidad.

—Mi bebé...

Papá.

Es papá.

Intento mover mis dedos. Él es la persona que más necesito ahora. Él me protegerá de Dean. Lo sé. Cuando era pequeña solía enseñarme un bate de aluminio que guardaba en el garaje para demostrar lo preparado que estaba para enfrentarse a los niños que me molestaran. Aunque solo sea un delirio de mi mente producto de lo que sea que Dean esté suministrando en mí, sé que pensar en papá me dará fuerzas para enfrentarlo hasta que alguien finalmente me encuentre o hasta que... hasta que algo pase conmigo, así que intento mantener mi mente despierta a este delirio en particular. No sé cuánto tiempo más pueda soportarlo, por lo que debo recargar energías cada vez que pueda

—Mi pequeña princesa. Lo siento tanto por no haberte protegido como debí.
—Trato de separar los labios para contestar, pero su mano presionada sobre mi frente me detiene. No es su culpa. Yo no le dije. Dean me llevó lejos de casa, ahora sé porqué, así que no tenía forma de saberlo. No lo culpo. La única persona a la que hago responsable es a mí misma—. Shh... —me calma—. Sé que me estás oyendo. Sé que luchas por despertar, pero necesitas recuperarte. Has pasado por mucho. —Besa mi mejilla—. Duerme. Estaré aquí para ti para cuando despiertes. Mamá también.

No del todo conforme con ello, lo hago.

Caigo en la inconsciencia de nuevo.

—Debes despertar, perra —me regaña Margaret.

Sonrío.

—Eso es —sigue—. Búrlate de nosotros, pero reacciona o lo pagarás con creces cuando abras esos ojos. — Solloza—. Dios, Ellie, por favor.

Reacciona ya. Quiero discutir contigo todos los detalles sucios acerca de lo que le haré a Dean una vez lo atrapemos. Te aseguraré que castraré su pequeño pene y lo guindaré en mi sala o lo usaré como palito para revolver mi café, no lo sé. Algún uso le encontraremos. —Bajó la voz dos octavas—. Y sobre Dan, no sé si lo recuerdas, era tu guardaespaldas. También te tengo que hablar de él. Es tan caliente y... yo creo que... que me acosté con él. Varias veces. Es muy bueno en la cama, pero... pero tiene este oscuro pasado. Dios, Ellie, su esposa e hijos murieron. Es viudo. ¡Estoy obsesionada con un trasero viudo que podría ser mi padre adolescente! Tiene treinta y siete, ¡casi cuarenta!

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. Demasiado cansada como para discutir la vida sexualmente activa de Margaret y sus decisiones en lo referente al amor con esta alucinación producto de mi mente, también el asunto del pene de Dean, el cual es un poco más interesante, pero no lo suficiente, duermo un poco más. Conforme las horas, idas y venidas, pasan, me siento más consciente de mí misma, lo cual quiere decir que siento con más intensidad cada lesión que Dean causó en mí y que estoy empezando a ver estrellas por el dolor.

No estoy lista para despertar.

Mi cabeza da vueltas como un trompo. Es como estar a bordo de una montaña rusa y no poder escapar de la sección que te pone de cabeza, sino que sigues y sigues dando vueltas sin poder bajarte del carrito. Gimo, finalmente encontrando las fuerzas para hallarme a mí misma dándome la vuelta, pero un pequeño pinchazo en el dorso de mi mano hace que me detenga y me dé cuenta de que éste es un tipo de movimiento que no tenía permitido hacer. Que no podía hacer debido a las ataduras, en realidad. Mis dientes castañean por el frío a pesar de la suavidad y el calor que me

proporciona lo que se siente como una suave manta de algodón, de las que solía tener en mi cama cuando era libre, contra mi piel. Mi cuerpo se siente pesado y protesta a cada mínimo indicio de acción, haciéndome sentir dolor real y vivo, pero de manera diferente a la que lo ha hecho durante todo este tiempo. Es el tipo de dolor que viene de la recuperación, como cuando haces mucho ejercicio y el músculo te hace retorcerte hasta que te acostumbras y por alguna razón no tengo el violento alivio que me proporcionan las drogas. Lo que siento es algo así, sólo que millones de veces peor. Literalmente siento un montón de agujas perforando mi piel.

Tomando toda la fuerza y resistencia que tengo, lo que involucra mi alma, corazón y mente, abro lentamente los ojos con miedo a lo que me encontrará. No me extrañaría que el sádico de Dean me llevara a un cómodo lugar sólo para dejar que me acostumbre a él, quitármelo porque sí y dármele de nuevo cuando considere que haya sido buena sólo para demostrar un punto. Parpadeo un par de veces intentando adaptarme a la claridad de la habitación. Hay una mesita de noche junto a mí, un televisor y lo que parecen varios equipos médicos rodeándome. Mi corazón se estruja, la abrumadora sensación ahogándome, cuando confirmo que ya no me encuentro en ese frío sótano del terror, sino a salvo en lo que parece ser una habitación de hospital. Una habitación de hospital significa que he sido hallada, Dean encarcelado o posiblemente muerto. Mi pecho se estruja. *¿En qué momento pasó eso? ¿Por qué mi mente está en blanco?* Lo último que recuerdo es a él entrando en el sótano con una jeringa y sus labios sobre los míos, murmurándome que todo estaría bien y que había llegado el momento de dejarme ir. *¿Se entregó?*

Espero que no.

Ojalá esté muerto.

Comienzo a llorar. No puedo detenerlo. Las lágrimas escapan de mis ojos sin que pueda evitarlo, como cataratas, ahogándome en ellas. No puedo creer que pueda moverme con plena libertad, no lo he hecho por lo que parece una vida entera, por lo que desafío mi condición llevada por la emoción y me enderezo. Hacerlo me mareo, claramente mi cuerpo no está listo para moverse de forma normal de nuevo, pero eso no me detiene. Nada podría hacerlo. Presiono las plantas de mis pies contra el suelo y doy mis primeros pasos, cual niño que empieza a caminar, entre hipidos y sollozos

desgarradores. Escucharme a mí misma consigue que me estremezca. Sueno como el más lastimado de los animales. Mi muñeca protesta cuando la vía se sale de mi vena cuando la aguja se mueve, liberándose. Pequeñas gotas de sangre manchan el suelo. El frío del piso ya no parece ser un problema. No me importa.

No lo siento. No importa en absoluto. No cuando puedo moverme para entrar en calor.

Soy libre.

Libre.

No recuerdo cómo, ni dónde, ni porqué, pero lo soy.

Lo soy.

Libre.

Me cuesta acostumbrarme a las palabras, aun así empleo todas las fuerzas que tengo en empujar la puerta de lo que parece un cuarto en la UCI y en traspasar el pasillo vacío de enfermeras, doctores o cualquier personal médico. Los veo a todos agrupados en una de las separaciones de observación. Supongo que están ocupados con otro paciente. Mientras camino absorbo cada detalle de lo que me rodea. Siento que estoy viendo el mundo por primera vez. Las sillas. Las mesas. Los colores fríos, pero tan vivos en contraste con el negro y el gris. Creo que no seré capaz de ver más negro y gris en toda mi vida. Mis ojos absorben cada detalle a pesar de que hacerlo duele. Me acostumbré a la oscuridad, mis ojos de alguna forma prácticamente han desarrollado una especie de visión nocturna, así que esto es un cambio.

Mis rodillas empiezan a ceder cuando finalmente llego a la sala de espera, algunas enfermeras llegando hasta a mí para detenerme con expresiones de sorpresa, cautela y miedo. Puedo ver a mis seres queridos desde donde estoy, mamá y papá peleando con los camilleros para llegar a mí, ella con su usual vestido de marca perfectamente planchado y él con sus lentes de montura gruesa, pero lo único que me interesa es llegar a la ventana más cercana, así que lucho contra las mujeres de blanco para hacerlo. Quiero tener algo de aire fresco. De la visión del exterior. Quiero asegurarme de que esto sea real y, la

única forma de hacerlo, es mirando más allá de nosotros. Hasta donde sé Dean los podría tener a todos como rehenes. Es así de loco.

—Por favor... —ruego con una voz que no reconozco como mía—. Sólo... sólo necesito ver. Nada más. No haré ninguna locura. —Trago, mi garganta seca como lejía—. Por favor.

Se miran entre sí. Una de ellas asiente, acompañándome, mientras que las otras me rodean y me dejan hacerlo una vez les prometo que no planeo lanzarme o algo por el estilo, cuando se dan cuenta de que, en efecto, lo necesito. Caigo al suelo cuando mi mirada se enfoca en la belleza del exterior, en los árboles verdes y en las flores de colores que adornan los arbustos, rezando para que esto no sea un sueño, y finalmente, como un balde de agua fría o con miles de cubitos de hielo, el peso de lo que Dean ha hecho conmigo cae. He sido reducida a amar mirar a través de una ventana, caminar y hablar por mí misma. Probablemente me pasará lo mismo cuando coma, pasee por la calle o simplemente respire. En la cárcel o muerto, él siempre estará allí. Por otro lado...

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Meses? ¿Días? ¿Semanas?

Las expresiones en los rostros de mis padres mientras pelean para acercarse a mí sólo pueden pertenecer a personas que llevan tiempo buscando a alguien que aman. Sollozo. Me quiebro. Hay tantos sentimientos dentro de mí justo ahora que probablemente mi cuerpo no es capaz de soportarlos, así que se apaga, angustiado, pero feliz.

La diferencia es que esta vez lo hace con una sonrisa.

Con una sonrisa y la paz de estar a salvo.



De todos los momentos que Elizabeth pudo haber escogido para despertar, lo hizo justamente cuando salí a comer algo después de tres días sin haber tomado un bocado. Cuando me enteré que incluso salió al pasillo por sus propios pies y que protagonizó una escena que conmovió a todos los familiares y trabajadores de la UCI, casi salté sobre el cuello de Dan por convencerme de ir por algo de comida. Yo debí haber estado allí para ella, en cambio, nuevamente, me encontré fallándole. No planeaba hacerlo de nuevo, por lo que volví al traje quirúrgico y tomé asiento junto a ella esperando que abriera sus lindos ojos de nuevo. Esperaba que cuando lo hiciera fuera capaz de diferenciarme de Dean. La expresión en su rostro cuando me miró en aquél sótano, el terror en ella, estaba grabada con fuego dentro de mi cabeza. Me destrozaría si volvía a mirarme así, pero estaba dispuesto a correr el riesgo a cambio de la oportunidad de oírla. De estar para ella.

Juego a recorrer las líneas de su mano mientras la soledad nos acompaña. Sus padres están almorzando. Ellos sí pudieron verla, no han parado de llorar desde entonces, pero sea lo que sea que sucedió debió haber sido bueno, porque ambos lucen más aliviados ahora que cuando la vieron. Dan dijo que es porque Elizabeth hizo algo que les demostró sus ganas de querer seguir viviendo. Aún no me han dicho qué, al parecer todos están abrumados y en shock por ello, hasta las enfermeras, así que estoy aquí esperando verlo por mí mismo. No está en ningún tipo de coma, gracias a Dios, pero ya todos queremos que el efecto de la segunda ronda de tranquilizantes pase y sea capaz de vernos. De saber que estamos aquí para ella o de tener una idea más precisa, más allá de las heridas en su cuerpo, de lo que Dean le hizo. También

de obtener alguna pista, sin presionarla, sobre donde podría estar ocultándose el bastardo enfermo.

Personalmente no puedo esperar abrazarla, no importa cuán delicada y frágil se vea. Tendré cuidado. Es mi tesoro máspreciado.

La trataré como el cristal si es necesario.

Me acomodo en la silla de plástico junto a su cama y no me muevo de allí por las siguientes cuatro horas. Me apego a las actividades que se supone que hacen los familiares en espera y veo a medias un partido de fútbol de la copa del Rey. Ni siquiera sé quién está jugando, pero no hay nada más interesante en el pequeño televisor colgado en la esquina. Sigo con la rutina bebiendo té de manzanilla que me ofrecen las enfermeras cuando Ellie, oficialmente fuera de peligro, es trasladada a un cuarto normal y todos son bienvenidos a pasar mientras estén en horario de visita. Gruño al ver a Margaret, Dan y a Paolo entrar. Los padres de Elizabeth fueron a cambiarse, así que estoy lidiando con las responsabilidades de estar con ella solo. Me gusta cómo se siente.

Ella es mi responsabilidad.

— ¿Cuál es el plan una vez Elizabeth esté recuperada? —Los bellos de mi nuca se erizan ante el sonido de la voz de la mejor amiga de mi chica. Luego de haber sido la razón por la que Dan no tuvo su mente completamente en Ellie el día que Dean llegó a ella, la pelirroja se esforzó ayudándonos a encontrarla y me hizo ver porqué Elizabeth la quería, pero seguía siendo un grano en el culo. Demasiado chillona y feminista para mi gusto. No entendía cómo Dan la soportaba o si quiera podía meter su polla en ella sin perderla—. ¿La llevarás a vivir contigo o algo así? —Alzo las cejas, lo cual hace que deje de mirar sus uñas para observarme—. ¿Qué? Es una pregunta razonable. Dean sigue por allá afuera, observando desde las sombras... —Se estremece—. Ellie necesita toda la vigilancia que pueda obtener, lo que nos involucra, y superar el hecho de que eres físicamente idéntico a su captor. —Aprieto mis dientes—. Es una realidad, Liam, enojarte no va a cambiarlo.

—No soy igual a él.

Sus ojos de bruja se suavizaron.

—No lo eres, pero se parecen y...

—Yo me encargaré de Ellie.

—Genial —bufa Paolo, lo que me hace gruñir.

—Éste no es tu puto problema —le digo.

— ¿El tuyo sí? —Se cruza de brazos al otro lado de la cama donde Elizabeth duerme como un tronco. *Putos sedantes*. Ella es lo único que me impide lanzarme sobre él. Ha estado siendo un idiota desde que la encontramos y lo peor es que no lo culpo, merezco cada puto reproche, pero no viniendo de su culo—. Hasta donde recuerdo ella está aquí por tu culpa.

—Tú ayudaste —añade Dan distraídamente, Margaret sentada en sus piernas mientras comienza a comer un brownie.

—No dejo de recordarlo —sisea de regreso enfurruñándose en su esquina.

—Elizabeth viene conmigo —digo—. A mi casa.

— ¿Tienes una casa en Londres? —pregunta Margaret.

Asiento.

—Un apartamento, pero me refiero a la isla. No hay un mejor lugar para ella en este momento que el resort. La cuidarán como una princesa. —Aprieto su mano. Sigue siendo suave y pequeña, perfecta para mí—. Personalmente me encargaré de su recuperación. Además, siendo buscado por la policía, dudo que Dean pueda salir de Inglaterra. Es perfecto.

—Es la mejor idea que has tenido hasta ahora —se burla Paolo, pero puedo oír al fondo de su tono rencoroso que realmente lo cree así.

Margaret ríe.

—Suena perfecto, sí. —Se abraza al cuello de Dan, quien se tensa, pero no la retira. Cada vez son más abiertos en lo que se refiere a su relación—. Pero no asumas tan rápido que Elizabeth aceptará lo que digas. Es terca a veces. Lleva tiempo alejada de todo. Siendo ella, amaría pasar estos meses con mis padres y cerca de las personas que me aman.

Me lo esperé.

—Todas las personas que ama están invitadas.

— ¡Genial! —Salta en el regazo de Dan, lo cual hace que mi guardaespaldas gima en agonía—. Es el mejor día. Recuperaré a mi mejor amiga e iremos de vacaciones, Dan, ¡al Caribe! —Me mira como si fuera su persona favorita en el mundo cuando un par de horas atrás era otro pene merecedor de castración—. *Gratis*.

Desencajo mi mandíbula.

—Sólo con hospedaje *gratis*.

Sus ojos adquieren un matiz desafiante.

—Desayuno y cena incluidos.

—Desayuno.

— ¿Spa?

Gruño.

—Desayuno y spa cuando Ellie quiera ir, de lo contrario tendrás que pagar.

La arpía sonrío, sus garras enterradas en el cuello de la camisa de Dan, quién le devuelve la sonrisa con una sombra. Sus demonios probablemente saltan cada vez que lo hace. El hombre no ha dejado de sentirse culpable cada vez que obtiene un poco de felicidad luego de la muerte de su familia.

—Me aseguraré de que Elizabeth siempre quiera ir.

Mis hombros se relajan. Me hace sentir bien saber que habrá alguien obligándola a vivir cuando no esté presente yo para hacerlo, no es que planeo estar mucho tiempo lejos, de todos modos.

—Bien.

—Y pasear tanto como quiera en ese yate...

—Bien —digo lo más cortante que puedo.

Mientras se trate de Ellie recuperándose, está bien.

Puedo trabajar con Margaret.

Me siento aliviado cuando todos se van, incluidos los padres de Ellie. Soy quién pasará la noche con ella porque sólo permitieron que uno de nosotros lo hiciera y como sus progenitores no llegaron a un acuerdo, siendo su *prometido* soy el más cualificado para ello. Me quedo dormido alrededor de las once con la cabeza apoyada en su almohada, mi nariz rozando su rostro, mi mano sobre su pecho, estando tan cerca de ella como puedo y, por primera vez en meses, sueño en lugar de tener pesadillas en las que ella no está o donde lo hace, pero al despertar no se encuentra a mi lado.

Su risa, ronca y débil, es lo que hace que separe mis párpados al día siguiente. La luz que entra por la ventana de la habitación de hospital lo que logra que los cierre. Mi corazón duele al ver sus ojos verdes avellanados mirándome sin miedo, pero es un dolor bueno. Es el dolor de ser noqueado por la impresión de lo importante que es alguien en tu vida.

Es un dolor con el que puedo vivir.

Corrección, con el que quiero vivir.

—Hola —dice.

—Hola —respondo arrastrando mi dedo por su mejilla hueca. Me importa una mierda lo que sea con lo que tengamos que tratar, incluyendo encontrar un método para hacer que vuelva a lucir saludable y vibrante, sigue siendo la indicada para mí. Cuando hablo mi voz lo demuestra saliendo débil y ronca, nerviosa como la de un adolescente—. ¿Cómo lo estás haciendo, nena? ¿Te sientes mejor?

Cierra sus ojos por un momento antes de contestar mis preguntas. Puedo ver

la lucha en ellos.

—Cualquier cosa se siente mejor que ese sótano. —Lágrimas descienden por sus mejillas—. ¿Cómo me encontraste?

Froto mi nariz contra la suya. Vuelvo a la vida cuando la veo arrugarla. Mataría por ese gesto una y otra vez. Moriría por él.

Tan hermosa.

—Simplemente estuve buscándote sin parar.

—Siempre... siempre tuve el presentimiento de que me encontrarías. —Bosteza. No quiero entorpecer su recuperación, así que no hago nada por acelerar los latidos de su corazón, aunque muero por besarla. Sus labios siguen siendo rosados y gordos, algo que él no pudo destruir. Nada, en realidad, fue destruido. Sigue siendo tan hermosa para mí como siempre—. Me acompañaste allí abajo, Liam, siempre. Fuiste lo que más me dio fuerzas. Lo que siento por ti, lo que sientes por mí... sabía que si un día lograba escapar, no habría nada que me separara de ti. Mi felicidad está contigo.

Un nudo se instaló en mi garganta. *Joder.*

—La mía está contigo también, Ellie. —Beso sus párpados cerrados—. Descansa, nena, debes recuperarte bien.

Su frente se arruga.

—Te amo, Liam —murmura acurrucándose contra la almohada.

El aire abandona abruptamente mis pulmones.

Finalmente es mía.

Llegó el momento de tratar con las consecuencias.



Mamá y papá protestan con ahínco cuando les informo sobre mi decisión de irme con Liam al Caribe, de vuelta al último lugar en el que recuerdo haber sido feliz, porque dicen que lo único que quieren ahora es mimarme y consentirme. Se calman, sin embargo, cuando Liam da una seña de buena fe y los invita. Fue lo mejor que pudo haber hecho. Terminó comprando a mamá en el acto, enviando lejos su supuesta idea de que lo mejor para mí es mantenerme alejada de Liam por ser un Jones y físicamente idéntico a mi secuestrador. Lo más lejos que ha llegado es a París y, estando en el mismo continente, al parecer no cuenta como destino para sus amigas snob. Papá aceptó, aun así reacio, cuando le explicó las ventajas de tomar un avión, que prácticamente se reducen al hecho de que Dean, buscado por la policía, no puede seguirnos. Mi seguridad para él es lo primero.

Con mamá, por otro lado, no estoy segura de que se hubiera negado a tomar unas vacaciones en el Caribe aún si Dean estuviera allí. Papá dijo que antes de seguirnos tenía que tomarse unos días porque no puede abandonar el trabajo de la nada, probablemente más de dos semanas, pero que nos seguirán apenas puedan. Liam les deja dos billetes libres pagos. Ellos me dejan ir, finalmente, cuando les prometo hablar todos los días por Skype y WhatsApp.

— ¡No puedo creer que vayamos a viajar! —chilla Margaret cuando llegamos al aeropuerto dos semanas después de que soy dada de alta, quién al parecer no tuvo ningún problema pidiendo permiso en el banco incluso cuando había faltado muchas veces durante mi búsqueda. Mencionó al supervisor y trató bajo la mesa, pero no le presté demasiada atención. No estoy lista para volver a la normalidad todavía—. Elizabeth, ¡vamos al Caribe! ¡Al Caribe! —No

deja de moverse producto de la emoción que ello le causa—. ¡Saldremos de fiesta todos los días! ¡Compraremos bikinis! ¡Veremos cuerpos sexys en la playa! ¡Haremos tantas cosas divertidas que te olvidarás de todo lo malo que has pasado en un abrir y cerrar de ojos!

Dan, a su lado, gruñe, pero no hace más que tomar nuestros pasaportes y dárselos al agente de inmigración, quién nos observa con fastidio como si fuéramos turistas primerizos. Entiendo completamente a Dan. Después de lo que he pasado los últimos meses, *fiesta*, *compras* y *diversión* son las últimas palabras en la que puedo pensar. Con respecto a cuerpos sexys... sólo me interesa uno, el motivo principal por el que estoy viajando a las dos de la mañana con mi mejor amiga y su nuevo no-novio a una isla del Caribe. Liam me cuidó de todas las formas posibles después de que fui dada de alta, junto a mamá y papá, en su apartamento en Londres. Fuimos inseparables durante esas dos semanas, sin embargo, ya que se llevó el trabajo a la casa por mí. Veíamos películas juntos casi todas las tardes, comíamos juntos las tres comidas, nos acurrucábamos y dormíamos juntos, nada sexual, pero muy intenso debido a la falta de él. Esto era más que pasión. El contenernos, el hecho de que mantuviera una barrera entre nosotros para protegerme cuando claramente moría por estar conmigo como quería, sólo hizo que me enamorara más de él.

No importa lo que mamá o el mundo pensara.

Amo al hermano de mi captor y hacerlo es lo mejor que he hecho en la vida, lo más correcto. Lamento tanto que haya decidido irse unos días antes para arreglarlo todo para mí. Estar separada de él es lo más cercano al infierno que viví. Es muy rápido acostumbrarse a las cosas buenas. Dos semanas junto a Liam y parte del efecto del cautiverio de Dean parece haber desaparecido. Resurgen en las ocasiones menos esperadas, sin embargo, como cuando me miro en el espejo y compruebo que mi aspecto no es el mismo.

Luzco extremadamente delgada. Ojerosa. Demacrada.

No entiendo cómo puede amarme luciendo así.

Cada centímetro de mi cuerpo es una razón para no usar bikini. No cuando recuerdo tantas bellezas pasearse por la isla privada del resort en topless. Mi estómago se retuerce. Odio que Liam esté allá sin mí. Probablemente hay un

montón de ellas abalanzándose sobre él. No las culpo, pero tampoco las perdono. Es precioso.

Y es mío.

—No me veo de ánimos para fiestas, Margaret. —Le soy sincera cuando tomamos asiento en la sala de espera del aeropuerto. Dan fue a conseguir comida para nosotras. Habló de perros calientes y soda. Mi estómago ruge cuando pienso en ello. Tengo tanto tiempo sin comer un perrito caliente—. Sólo quiero descansar, mantener mi mente despejada, no compartir un espacio pequeño con decenas de personas oliendo a sudor, sexo, alcohol y marihuana. No, gracias, la opción de spa y dormir suena mejor. Mucho mejor.

Aprieta mi mano mirándome por encima de sus gafas como si realmente entendiera. No, peor, como si fuera algún tipo de psicóloga.

—Lo sé. Los primeros días será difícil, así que iremos al spa tantas veces como quieras, he leído sobre los tratamientos que Liam tiene allí. Son mágicos. Pero luego... —Puedo ver en sus ojos que realmente es sincera, lo cual hace realmente difícil enviarla al demonio. Ella verdaderamente piensa que un Dj es la solución a todos mis problemas. *Uhg*—. Luego sólo querrás vivir todo lo que te has perdido durante este tiempo, ya verás. Yo estaré allí para ti cuando decidas ponerte una falda y sacar tu culo a pasear, pequeña perra.

Hago una mueca. *Pequeña perra*.

Nunca he estado feliz con sus formas de llamarme, pero es la manera que tiene de demostrar su amor. Fue adoptada por una pareja afrodescendiente americana y criada por ellos en New York antes de regresar a sus raíces biológicas a estudiar en la universidad, donde nos conocimos, así que supongo que viene de allí.

—No creo que Liam esté feliz con esto. Es un poco protector.

Pone los ojos en blanco.

—Liam encontrará la forma de lidiar con ello, Ellie. Haré que Dan lo controle mientras nosotras vamos por chupitos. —Aplaude de nuevo, como una niña emocionada, luego me abraza con mucha fuerza. Me asfixia—. El tiempo lo

dirá, Elizabeth, nosotras sólo nadaremos con la corriente.

Tiemblo dentro de sus brazos, pero sigo demasiado cansada y débil para unirme a una conversación, más con ella, así que asiento y tomo mis audífonos del bolso para continuar esperando el vuelo de madrugada en calma una vez me libera. Escucho Unstoppable de Sia y otra de sus canciones. Margaret ve tutoriales de maquillaje apoyada en el pecho de Dan, lo sé porque los miro por el rabillo de mi ojo, hasta que nos avisan que es momento de embarcar. No sé que se está cocinando entre ellos, pero espero que mi amiga no salga lastimada. Puede parecer una chica dura y fuerte como un roble, pero en realidad es bastante frágil. Por suerte mi asiento está pegado a la ventanilla, por lo que disfruto de una siesta durante casi todo el viaje a San Martín. Por suerte mi mente encuentra un buen momento para revivirlo, no una de las cosas atroces que viví con Dean.

Es un buen sueño.

Estoy bajando del convertible, una linda máquina amarilla, que Liam consiguió para nosotros con la excusa de que me gustaría, sabiendo que estaríamos sólo nosotros dos en él todo el camino de Bristol a Londres y que debido a su motor llegaríamos mucho antes que el resto, cuando siento sus manos colarse por debajo de mis rodillas y alzarme. Por suerte no estoy usando el vestido de diseñador que mamá trajo para mí, sino un par de jeans y una franela holgada que papá trajo. Pego un brinco que es ahogado por la sensación de seguridad que sólo encuentro entre sus brazos. Estamos en el estacionamiento subterráneo del bonito y caro edificio donde vive en Londres y el camino al ascensor es largo. He perdido peso, pero no lo suficiente para ser como una pluma, así que intento bajarme una vez me doy cuenta de que pretende llevarme así todo el camino.

—Liam, bájame, por favor, te puedes lastimar la espalda.

Ríe. Su risa hace que una herida en mí cierre.

Es así de mágica.

—Estoy trabajando duro en no sentirme ofendido con ese comentario. —Besa mi frente con un sonoro golpe de sus labios contra ella. Mis labios se curvan en una sonrisa pequeña, pero genuina. Es el único que en la actualidad puede causarlas—. No estoy tan viejo, Ellie. La última vez que revisé teníamos que hacer que ganaras unos veinte kilos, también. Para eso necesito que hagas menos esfuerzo físico. Más comida, más ocio, mejor salud, pequeña.

Oculto mi rostro en su cuello. Huele tan bien.

—Odio cómo me veo —admito con una vocecita.

—Sigues siendo caliente como el infierno. —De alguna forma se las arregla para alzar mi barbilla y hacer que lo mire. Es definitivamente un sueño—. Sólo que ahora eres más como una modelo de pasarela que como una mujer con curvas. Si lo miras por el lado positivo, ahora puedes usar todos esos vestidos anchos sin verte mal. —Se encoje de hombros, lo que hace que me aferre a su cuello por miedo a caer. Es tan descuidado a veces—. Estoy feliz con cómo elijas ser. Veinte kilos menos, cincuenta kilos más, tomaré lo que me des. Soy tuyo, eres mía, así funciona. El empaque es sólo un extra.

—Dean... —sollozo arrugando mi nariz con mocos.

¿Qué he hecho para merecer a este hombre?

Desde que nos conocemos lo único que he hecho ha sido ignorarlo y restregarle en la cara mis sentimientos por su hermano, mientras que él ha tenido que amarme en silencio y observar cómo me entrego a él una y otra vez desde la adolescencia hasta que decidí dejarlo por miedo a que un día acabara con mi vida. No importa que él diga lo mismo, soy yo quien no lo merece.

Nunca lo mereceré. Es mucho para mí.

— ¿Estás diciendo que no me aceptarías si inflo mi panza? —Alza las cejas y la saca lo más que puede. Suelto una risita. Parece embarazado así. O con

parásitos. Jadeo en busca de aire cuando no consigo calmarme, queriendo hacer pis—. Interpretaré eso como que debo ir al gimnasio todos los días si quiero estar contigo. —Frota su nariz contra mi cuello. Me estremezco, así que se aleja. Quiero acercarlo y decirle que no lo hice por disgusto, pero no estoy lista para algo más allá de un simple toque. Dean me arruinó para eso—. ¿Es eso?

Asiento, mi nariz moqueando. Seguramente me veo desastrosa, pero Liam me mira como si fuera lo más bonito que ha visto.

—Sí. No te querré si dejas de ser tan sexy. —Beso su mejilla, disfrutando de cómo ellas se sonrojan. Siempre he amado su personalidad mitad niño, mitad hombre—. Te amo.

—Mmm...

Me muerde la barbilla mientras busca en el bolsillo de sus pantalones la llave de su apartamento. Ya estamos frente a su puerta, así que no se opone cuando lucho por bajar, aunque aun así me lo permite a regañadientes. Si no sintiera tanta pena de mí misma y miedo, lo mordería más hasta que termináramos enredados en las sábanas. Liam me empuja gentilmente cuando abre para que entre. Lo hago sin disimular la sorpresa. En contra de lo que pensé, su apartamento de soltero en Londres es mucho más acogedor y confortable de lo que debería ser. Imaginaba paredes negras y pocos muebles, pero el interior parece una continuación de la decoración del resort. Todo es blanco, crema, moderno y huele a coco. Me siento en el gran sofá de la sala y mis manos van inmediatamente a la manta doblada en la esquina. Me arropo con ella. Frente a mí hay una chimenea frente a la que Liam se agacha para encender con una vara mientras me quito los zapatos y me acurruco como un gato.

Minutos después entra en la cocina y sale con dos tazas humeantes de chocolate caliente. Sin decir nada, se sienta junto a mí y me ofrece una de las tazas. La acepto sin rechistar. Sabe increíble. Intenso y dulce, nada con mal sabor o insípido, me encanta.

—Gracias —murmuro.

—No hay de qué. —Acaricia mi cabello con gentileza—. Ellie... entiendo si no estás lista para contarme qué sucedió allí. Créeme, aunque muera por

saberlo, respetaré tu ritmo. —Besa otra vez mi frente, pero que más delicadamente. No paso por alto el hecho de que no se ha acercado a mis labios ni una vez. Eso me hace sentir alivio y decepción a partes iguales. Me gustaría tanto que todo fuera diferente, como antes, y no estar rota para él—. Pero aunque no estés lista para darme la historia completa, necesito saber si tienes alguna pista acerca de dónde puede estar Dean en este momento. Pronto los policías vendrán a interrogarte. Me gustaría tener una respuesta primero que ellos.

Trago con dureza.

— ¿Para perseguirlo por ti mismo?

—Para hacer justicia.

Le doy un sorbo a mi chocolate negando.

—Lo siento, Liam. Todo está muy difuso. No recuerdo la mayoría de las cosas que me hizo, gracias a Dios. —Aprieto su mano con la mía. Está tan apretada que probablemente se está haciendo daño—. Por favor, no vayas tras él. No quiero que estés en peligro.

Su mirada se endurece.

—Lo siento, Ellie, no te puedo prometer eso —dice con convicción—. Tengo que hacerlo pagar por todo lo que te hizo. No puede simplemente seguir viviendo como si nada hubiera sucedido. —Su mano viaja a mi hombro. Me encojo cuando su pulgar acaricia un moratón que aún está ahí—. La cárcel no es suficiente castigo para él. Dean merece vivir el mismo infierno que te hizo pasar.

Separo mis párpados.

— ¿Entonces planeas secuestrarlo y torturarlo?

Besa mi nariz, de nuevo no mis labios.

—No te involucraré en nada, Ellie. Eso significa no a los detalles. —Me anima a seguir con mi chocolate caliente con una inclinación de su cabeza. Lo hago sin dejar de mirarlo—. Quiero que estés tranquila. Tu única preocupación debe ser mejorarte. Sanar. Déjame a Dean a mí. Ahora es mi maldito problema. Es hora de que dejes que alguien más fuerte asuma esa

responsabilidad.

Veo mis manos. No están manchadas en sangre.

No son vengadoras. No lo harán pagar. No tienen esa capacidad. Liam, por otro lado, es lo más bueno y puro que conozco. Es lo que su hermano no, con la misma fuerza e intensidad que tiene su oscuridad.

—Está bien.

—Sonríe, nena. —Me besa de nuevo en la frente. Frunzo el ceño—. Dentro de poco nos iremos al resort. Allí descansarás debidamente.

Mis labios finalmente se curvan en una sonrisa.

— ¿Me volverás a dar una habitación de primera clase?

Niega vehementemente.

—No.

Alzo las cejas hasta que casi chocan con mi cuero cabelludo.

— ¿No?

—No. —Sonríe grande—. Esta vez duermes conmigo, Ellie, desde el principio. Como debe ser.

El viaje de San Martín a Anguila duró para mí más de los cuarenta minutos que se supone que tarda la avioneta en aterrizar. Una vez lo hacemos me embriago con el característico olor salado del mar Caribe. No supe lo mucho que lo extrañaba hasta que lo tuve de regreso, no importa si mi partida no fue buena, tengo muy buenos recuerdos de este lugar. Margaret y Dan esperan por las maletas frente a la rueda mientras yo salgo al estacionamiento, no se molestan cuando les pido el favor, donde se supone que él me está esperando desde que le avisé que estábamos embarcando en San Martín. Mis pies se

sienten demasiado pesados, como si arrastrara tobilleras llenas de arena, cuando lo veo en la entrada apoyado en un Jeep rojo aparcado junto a la acera. Sus puertas están abiertas. Liam se ve hermoso, como un modelo de revista, sobre él. Usa una bermuda beige y un polo azul real que resalta su cabello cobrizo, aún más brillante de lo que recuerdo a la luz del sol. Un par de gafas ocultan sus ojos de mí, pero sé que me está viendo fijamente aun cuando no los puedo ver directamente. Las mariposas en mi estómago tienen ese instinto.

Mi corazón late con fuerza dentro de mi pecho mientras corro hacia él con prisa desesperada. Sus brazos están abiertos para cuando llego, listos para recibirme fuertes y seguros. Me estrechan en el más cálido de los abrazos antes de hacerme girar en el aire como un trompo. Ríe como no lo he hecho en días, desde su partida, sintiéndome completa de nuevo. Desde que ya no soy cautiva de Dean, el único lugar donde me siento lo suficientemente viva como para no dejarme llevar por el miedo de volverlo a ver, consumida, es con Liam.

Él me hace olvidar todo.

Él hace que valga la pena luchar.

—Dios, Ellie. Puedes irte por minutos, pero siempre se sentirá como una eternidad. El tiempo es una tortura sin ti. —Besa suavemente mis labios cuando me baja, manchándose a sí mismo con mi labial marrón mate. Tiemblo, pero no me aparto. Fue un pico casto. No pidió nada más. Lo limpio soltando una risita. Se deja con los ojos en blanco. Después me hala más cerca—. Te extrañé, nena, amo esa hermosa risa. —Frota su nariz con la mía—. ¿Tú me extrañaste?

—Cada segundo.

Soy tan sincera como una persona puede serlo.

Encaja mi rostro en sus manos. Son fuertes y grandes. Mis mejillas se sienten calientes. Mi sonrojo es fuera de este mundo. Me pregunto si siempre seré así: como una colegiala cada vez que me toca.

Dios. Ruego que no.

Aunque ahora mismo se vea lejano por mi miedo a ser tocada, quiero llegar al

punto en el que sea una mujer independiente lista para asumir y manejar la pasión que nos consume.

— ¿Pensaste en mí?

El sonrojo se hace más fuerte. Mi cara está explotando.

—Sabes que sí.

Suelta una carcajada baja que envía escalofríos a lo largo de toda mi columna vertebral.

—Entonces estamos en la misma página.

— ¿Cómo te ha ido preparando nuestra cama? —pregunto intentando sonar coqueta, aunque es un poco cruel para ambos hacer este tipo de insinuaciones cuando ambos sabemos que no pasará nada.

Su sonrisa se hace más ancha, sin embargo.

—Cómoda. Acogedora. Caliente. —Besa la comisura de mis labios con algo parecido a la reverencia—. Esperándote para...

—Hombre —lo saluda Dan, lo cual sólo hace que Liam gruñe por habernos interrumpido. Margaret ríe y me da una palmadita en el hombro antes de subir al asiento trasero con su nueva víctima. Liam me guía al copiloto y se inclina sobre mí para abrocharme el cinturón. No necesitaba la ayuda, pero no me quejo. Es irresistiblemente lindo cada vez que cuida de mí—. ¿Cuáles son los planes para hoy?

Liam entrelaza los dedos de la mano con la que no maneja con los míos. Me acurruco inclinándome hacia su asiento. La camioneta es cómoda y tiene mucho espacio. Podría dormir aquí de cualquier forma humanamente posible. Definitivamente la prefiero sobre los lujosos autos con los que Dean estaba obsesionado. Esto es más... varonil y hogareño.

—Descansar. —Liam lleva el dorso de mi mano a sus labios. Es como si no tuviera suficiente. No me quejo. Yo tampoco termino de creer que estoy aquí, con ellos, y no en un sótano siendo torturada por su hermano—. Dormir. Comer.

—Follar —murmura Margaret.

Me giro para mirarla. Está usando un vestido suelto y largo hasta el piso junto

con un sombrero de paja y gafas Chanel. Se ve espectacular al lado de mí. Mis shorts y camiseta holgada con chanclas parecen de un vagabundo, pero en mi defensa es un atuendo cómodo que me permitiría correr en caso de un terremoto.

—Margaret —gimo—. Por favor.

Alza una delgada ceja pelirroja mientras mira a Dan con hambre. Mi antiguo guardaespaldas mira por la ventana, ignorándonos, de una manera que indica que no quiere ser molestado. Seguramente está perdido en sus recuerdos o embriagado con el pasado, quién sabe, siendo él también me molestaría si me molestaran.

Sobre todo, para hablar de tamaños de penes.

—No eres una niña ya, Ellie, podemos hablar de sexo.

Me tenso. Liam, a mi lado, también lo hace. Mi voz sale inestable cuando contesto. No quiero hacerlo, pero Margaret lo ha hecho realmente mal ignorando que este tema de conversación hace que mis entrañas se retuerzan. No estoy lista para hacerlo, hablar de ello o para si quiera escuchar sobre el tema. No cuando una de mis únicas memorias sobre mi encierro es de Dean moviéndose contra mí. Violándome. Teniéndome en contra de mi voluntad mientras permanecía indefensa y atada en una cama, incapaz de hacer algo para defenderme de su agresión. De sus golpes. De su maltrato.

El sudor. *Su* sudor. Mis lágrimas. El calor. El frío.

El intenso dolor.

La suciedad.

—Me sentiría mejor si no lo hacemos.

Como si hubiera sido iluminada por algún ente celestial, los ojos azules de Margaret brillan con arrepentimiento.

—Lo siento. Hablaremos de lo que tú quieras. —Me ofrece una débil sonrisa—. Como por ejemplo... estuve revisando tu página web, Liam. ¿Esos tratamientos de peces que hacen en los spas de las islas? ¿Saben de lo que hablo? —Picotea el hombro de Liam mientras conduce, quién gruñe de nuevo y me hace reír con ello—. ¿Tienes de esos pececitos hambrientos de piel

muerta aquí?

—No. La protección a la fauna y flora es uno de nuestros principios.

Margaret bufa.

—Genial, aunque no entiendo el punto de no tenerlos. La piel muerta es su comida. —Se enfurruña—. Estarías haciéndoles más un favor que otra cosa.

Gimo cuando Liam aprieta el volante con fuerza.

Quizás traerla no fue buena idea. Algo me dice que debimos ser sólo Liam y yo, que estaríamos más felices así.

La familiaridad me noquea cuando entramos al resort. Aunque sólo pasé días aquí, ellos se sintieron como capítulos inolvidables de una interminable serie de HBO debido a todo lo que viví aquí con Liam: desde nuestro reencuentro a mi hallazgo de su billetera en su habitación. Mi corazón se hunde cada vez que pienso en lo que habría pasado si, en vez de huir, lo hubiera simplemente escuchado. Tras lo que viví con su hermano como su novia por años, el montón de abusos que no relacionados con su psicopatía, no me juzgo por actuar como lo hice, pero lo lamento mucho.

De lo contrario ya seríamos felices. *Juntos*.

La chica de la recepción, la que me miró mal el día que me alisté para el tour, me recibe con una sonrisa tensa mientras sus ojos van de Liam a mí. Sonrío para mis adentros intuyendo que mi hombre le realizó algún tipo de pedido a sus empleados con respecto a mí, como que fueran amables o serían despedidos, pero en vez de sentirme mal por ella, mi amor por él crece y no puedo evitar ponerme de puntillas y guindarme a su cuello para acercar mis labios a los suyos. Es un beso suave, otro lleno de castidad, que hace que sus ojos brillen. Cepilla mi mejilla con sus nudillos una vez terminamos. Realmente nos estamos tomando en serio esto de recuperar el tiempo perdido.

— ¿A qué se debió eso? —pregunta mientras un chico carga un carrito con

mis maletas. Es joven, quizás de unos dieciocho años, y está tan nervioso de su jefe que las deja caer algunas veces. Liam frunce el ceño—. Espero que no tengas cosas frágiles en tu equipaje.

Niego. No son muchas las cosas que traje, ninguna de contenido frágil, pero sí las suficientes como para dar a entender que planeo quedarme por un tiempo. Al principio no tomé la idea de venir muy bien. No me sentía lista para viajar. Una vez Liam recalcó el hecho de que aquí estaría a salvo de Dean, no lo pensé dos veces. Este es el lugar donde necesito estar. Rodeada de mar. Con el olor a sal inundando mi nariz. Con la luz del sol bañando mi piel cada día, pero, sobre todo, con Liam para abrazarme cuando lo necesite.

A salvo. Lejos.

—Quería agradecerte por traerme aquí. Realmente creo que fue la mejor idea. Ya empiezo a sentirme en paz. —Aprieta mi cintura con suavidad. Es gracioso lo fácil que puede rodearla—. Eres el mejor... ¿novio?

Sus dientes casi me dejan ciega cuando sonrío. Juro que no eran así de blancos la última vez que los vi.

¿Cuándo consiguió un blanqueamiento?

¿Puedo yo obtener uno de esos?

— ¿Finalmente escuché la palabra con *n* salir de tu boca?

Muerdo mis labios.

—Mmm, no lo sé. Quizás necesitas un aparato de audición. —Entrecierro mis parpados—. Creo que dije *amigo*. Temo que escuchaste realmente mal.

Frota de nuevo su nariz contra la mía. Le gusta realmente hacer eso. Tiene una obsesión con mi tabique o algo por el estilo. Supongo que fue cirujano en su vida anterior.

—Ellie... —advierte.

Miro un punto en la pared tras él, fingiendo desinterés.

— ¿Sí?

—No bromees. Esto es serio para mí. —Usa su mejor expresión seria para probar un punto—. ¿Usaste la palabra *novio* para referirte a mí?

Suelto una risita. Esa cara no me intimida en absoluto.

—No sé porqué te sorprende. —Echo mi cabeza hacia atrás para no perder detalle de su cara. Adoro las pequeñas pecas que se esconden bajo su piel—. Se supone que eres mi prometido.

Sus mejillas masculinas, que no deberían sonrojarse porque pertenecen a un hombre duro, se sonrojan, lo que solo aumenta mi diversión. Siempre amé esto de nosotros: la manera en la que estamos bien con el otro de formas que son realmente estúpidas.

Que sólo nosotros entendemos porque es *nuestro*.

—Es algo que el sargento Thomas inventó para que pudieran dejarme verte. No fue mi idea, lo juro. Estoy libre de culpa en eso.

Mi expresión se vuelve molesta.

— ¿Así que no es verdad? ¿He sido engañada?

Niega.

—Desafortunadamente no, cariño. No estás casándote conmigo aún.

—*Oh*.

— ¿Decepcionada?

Me enfurruño sobre su pecho.

—Tal vez. Esperaba más compromiso de tu parte.

— ¿Debería arreglarlo?

Asiento.

—A menos que no quieras escuchar la palabra con *n* de nuevo, deberías hacerlo.



Liam definitivamente *lo arregla* cuando llegamos a nuestra habitación tras dejar a Margaret y a Dan en la suya. El cuarto donde estuvimos hace unos meses es nada en comparación a donde se supone que estaremos quedándonos hasta que me sienta mejor. Liam me dijo de camino aquí que nos mudaríamos a la mejor suite del resort, pero nunca pensé que me encontraría con esto: paredes color crema que se funden con ventanales de cristal que dan directamente con la playa, cortinas blancas que se balancean con la brisa, suelo de madera que imita el tono blanquecino de la arena, cama con dosel en el centro, junto con muchos muebles de playa que hacen que el sitio se vea moderno y relajante en muchos sentidos. También tenemos una cocina de lujo y un recibidor, junto con el mejor baño del mundo. Juro que el sitio es más grande que mi habitación en el departamento que dejé alquilado en Londres antes de desaparecer y que Liam, amablemente, siguió pagando para que no me desalojaran. Me dejo caer sobre el colchón, rebotando como una niña, una vez el botones nos abandona y estamos los dos solos. Realmente esto es un sueño.

— ¿Te gusta? —pregunta lanzándose a mi lado y llevándose a su pecho, asiento con la cabeza apoyada contra él.

—Mucho. Gracias. —Gimo—. Esto es tan cómodo.

—De nada. —Presiona sus labios contra mi frente, dejándolos allí por un momento antes de decir—: No es la única en el resort, hay cinco más como esta, pero son muy solicitadas. Siempre están ocupadas. Tuve que enviar a un importante empresario a la modesta *clase alta* para que pudiéramos estar aquí. Le di un descuento para que no hubiera chillidos.

— ¿Qué tan importante? —pregunto imaginando a Bill Gates durmiendo en una suite no tan lujosa por mi culpa.

—Sólo importante. No es nadie indispensable, afortunadamente. —Se encoje de hombros—. ¿Crees que estás lista para terminar con tu tour de actividades extremas mañana?

Jadeo.

—Mañana. Hoy estoy muerta. —Para probar un punto me hago bola en el espacio que hay entre su axila y costado. Liam ríe—. El viaje fue duro. Margaret...

—No entiendo cómo la soportas —se queja.

Lo comprendo tan bien. Al principio, cuando nos conocimos en la universidad, también se me hacía difícil seguirle el ritmo. Luego se probó a sí misma ante mí, siendo más leal y menos hipócrita que cualquier chica correcta y educada, y se ganó mi corazón.

—Uno se acostumbra. No te preocupes.

—Sois tan diferentes. —Me arropa cuando lanzo mis zapatos fuera de la cama. Lo único que necesito ahora es dormir. Nada más. Mi cuerpo sigue débil al extremo—. ¿Cómo es que se hicieron amigas? Ni siquiera las veo comprando ropa en la misma tienda.

—Nos conocimos en la universidad.

— ¿Tengo entendido que estudiaste administración y ella...?

—Administración. —Sonrío ante los recuerdos buenos y no tan buenos, más de los segundos—. Primero sólo fuimos amigas. Luego compañeras de cuarto. Cosas locas pasaron mientras estuvimos en la universidad y terminamos siendo como hermanas. Me siguió a Londres cuando nos graduamos. Andamos juntas desde entonces.

— ¿Cosas locas?

Asiento con una sonrisa aún más ancha en mi rostro.

—Chicos. Fiestas. Problemas con profesores.

Se tensa.

— ¿Alguno de ellos se propasó contigo, Ellie?

—No. —Arrugo la frente—. Mis problemas con los profesores tenían más que ver con algunos bajándome la nota injustamente porque solía corregirlos en clase. Era aplicada. Realmente aplicada. Me la pasaba todos los días en la biblioteca o en el salón de estudio con mis apuntes.

—Así que mi novia era toda una cerebrita. —La palabra con *n* saliendo de sus labios me hace sonreír. Puedo vivir con esa palabra, no, quiero vivir escuchándola tanto como pueda. Ninguno de los dos le ha preguntado al otro, pero después de lo que hemos vivido y de lo que nos hemos dicho, es lo mínimo que podemos ser—. Me agrada esto de ponernos al día. Han pasado muchas cosas estos últimos años. La próxima vez será mi turno, pero debes prepararte. Tengo historias que van desde Paolo caminando desnudo por el campus a Dan volando un edificio por diversión. —Le muestro lo de acuerdo que estoy con ello con un asentimiento. Llegó el momento de contarle todo, desde los momentos felices a mi infierno completo con su hermano, para que así podamos pasar página y seguir adelante con lo nuestro sin estar amenazados por la sombra del pasado. Y en lo que a él respecta, quiero saberlo todo también—. ¿Qué pasa con los chicos? Pensé que Dean y tú andaban juntos desde que me fui hasta hace poco. ¿Eran de los que terminan y vuelven a cada momento?

Hago una mueca pensando en todas las peleas ocasionadas por sus celos irracionales. *Bien*. En esa época, con Margaret metiendo y sacando un chico diferente cada noche de nuestro departamento, no eran tan irracionales, pero seguían siendo injustificados. Sólo tenía ojos para Dean, justo como ahora sólo los tengo para Liam, sólo que tres o mil veces peor.

Y más intenso.

Él es mío y yo soy suya, punto.

—A Margaret nunca le cayó bien Dean. Solía hacerle bromas rudas sobre su personalidad. Lo llamaba de mil maneras diferentes cada vez que lo veía y me gritaba en su cara que debía tener cuidado con mi novio autista. Dean la odiaba también porque, además de insultarlo, Margaret aprovechaba cualquier momento para presentarme a sus amigos sólo para molestarlo. — Sus párpados se separan con sorpresa que no entiendo—. ¿Qué?

—Me acabo de dar cuenta de que me cae bien Margaret, pero, por favor, no se lo digas. No quiero que se aproveche de la situación más de lo que se ha aprovechado ya. —Sonríe con ironía. Probablemente no le gusta la idea de amar a mi mejor amiga, aunque sé que eventualmente lo hará porque Mags, a pesar de que no es un amor a primera vista, es imposible de no amar bien pasado un tiempo, pero no lo culpo por no querer eso justo ahora. En este momento no me cae muy bien tampoco. No se ha portado de la mejor manera desde que desperté. Sospecho que simplemente se trata de que no sabe cómo tratar conmigo y lo que me sucedió, así que mete la pata—. Siendo tan buena en clase, ¿cómo terminaste administrando un gimnasio? Pudiste haber entrado a una buena compañía o algo. No digo que sea lo más fácil, pero si merecías el empleo probablemente lo hubieras conseguido.

Mis hombros caen. Este es uno de los temas de los que más odio hablar. Hace que me sienta tan estúpida por haberle hecho caso a Dean, a sus deseos que ahora es que tachaba de enfermos, pero que solía venderme como si fuera lo más normal del planeta. Fui tan idiota.

Perdí tanto de mi vida con él.

—Dean no quería que pasara más tiempo en una oficina que en nuestra casa. Quería una especie de esposa trofeo, aunque nunca nos comprometimos. — Juego distraídamente con el edredón—. No tenía problemas con un trabajo a medio tiempo, pero uno a tiempo completo era un dolor de cabeza para él. Siempre que sacaba el tema en una conversación terminábamos peleando. Ningún lugar le ofrecería a una recién graduada el tipo de oferta que necesitaba, así que acabé administrando el negocio de uno de sus amigos. — Hago una mueca. Ellos me despidieron oficialmente cuando aparecí, enviando mi último cheque en una canasta a mi habitación de hospital. No sé si tuvieron alguna conversación con mi ex, pero aunque no la hayan tenido los entendía. Me perdí por casi seis meses—. Después de que terminamos me sentía demasiado cansada como para buscar un nuevo trabajo. Me propuse hacerlo para después de un año o dos de vivir sola, cuando estuviera acomodada y mis ahorros estuvieran casi agotados, pero...

—Cosas pasaron —completa por mí acariciando mi mejilla con su índice.

Afirmo.

—Sí. Tomé la mejor decisión de mi vida y viajé a una preciosa isla para reencontrarme con el amor de mi vida. Un chico al que nunca debí haber perdido de vista o confundido con su hermano gemelo. —Lo imito. Liam gime y me abraza por la espalda, por lo que no puedo ver su rostro mientras permanecemos ahí, acurrucados y abrazados—. Fui feliz.

Lo siento tensarse. Cuando habla su voz suena ronca y sin aliento. A veces pienso que se culpa a sí mismo por lo que pasó. Eso está mal. Yo también me culpo a mí misma, pero el único y verdadero culpable es Dean. Ambos debemos asumirlo.

— ¿No te arrepientes?

Niego.

—No, Liam, siempre fuiste tú. —Me doy la vuelta para mirarlo. Aunque la posición de cucharita es cómoda, lo único que quiero hacer es mirar su rostro cuando diga lo que creo que quiere oír. Que ha pasado años queriendo escuchar—. Pasado, presente, futuro... siempre has sido tú. Nadie más.

—Joder, Ellie. —Traga—. Amo cuando me miras así.

Sonrío.

— ¿Cómo?

—Como si fuera tu sabor de helado favorito.

—Eres mi persona favorita.

Junto mis labios con los suyos, esta vez el hambre entre nosotros es más palpable. Liam toma mechones de mi cabello entre sus dedos y hace que mi rostro se presione más cerca de él jalándolos suavemente en su dirección. Jadeo ante los flaqueantes empujones de su lengua contra mi boca, su manera de pedir permiso, y asiento mientras entrelazo mis piernas con las suyas, presionando mi estómago contra el suyo y nuestros pechos juntos.

Liam me besa por lo que parece una eternidad antes de ir a la próxima base sentándome en sus piernas, cosa que hago tomándome mi tiempo para adaptarme a la situación y a los sentimientos que desencadenan en mí. Esto es definitivamente el siguiente nivel. Gruñe cuando finalmente me encuentro encima, nuestros dedos entrelazados arriba de su cabeza en una clara señal de

que soy quién tiene el control aquí. Lo agradezco siendo gentil con mis besos mientras me meso distraídamente contra su entrepierna. Está duro y listo para mí, en otro momento no habría dudado y ya me encontraría con él sumergido en mí, pero ahora en lo único que puedo pensar, cuando deshace nuestro agarre y pone sus manos en mi trasero para ejercer presión y apretarme más contra su pene, es en huir.

Rápido.

No estoy lista para esto.

Primero me tensó, luego me golpean los recuerdos de sus manos en mí, de su miembro tomándome a la fuerza, y después me hago bola en la cama, alejándome y cerrándome a Liam, quién intenta hablar conmigo de todas las maneras posibles, pero lo único que puedo hacer es bloquearme. Concentrarme en hacer que la sensación de suciedad desaparezca. Dean la puso ahí una vez me obligó a aceptar su semilla, pero no la quiero.

La oscuridad me consume a pesar de las luces encendidas. El frío vuelve a pesar del calor. Sigo en el sótano a pesar de que ahora soy consciente de estar bajo la protección del mundo exterior. Mis manos siguen sin moverse a pesar de ya no estar atadas. Sigo presa.

—Ellie... —Escucho a Liam murmurar mi nombre con pánico. Estoy de vuelta en el infierno, así que no puedo hacer más que respirar como respuesta. No me puedo mover. *Las cadenas no dejan que me mueva*—. Nena, realmente lo siento, fui un idiota. No debí ir tan rápido. No volverá a pasar. No te quiebres de nuevo. Odiaría haber echado a la mierda todo el trabajo que hemos estado haciendo. —Tiembla. Yo también—. Por favor, no te cierres. Trabajaremos juntos en ello. —Toma mis manos. No las alejo. *No me muevo*. Gimo en medio de la impotencia. Quiero moverme, pero no puedo. Mis músculos no reaccionan—. Ellie, por favor, perdóname. —Besa mis párpados cerrados cuando cierro los ojos—. No volveré a tocarte. Lo prometo. —Me cubre con una manta. Me aprieto contra ella, recobrando el control sobre mí misma después de lo que pareció un ataque de pánico—. Pero, por favor, perdóname.

—Lo siento —lloro cuando por fin consigo reaccionar.

Me abraza y sujeta contra su pecho cuando no consigo parar.

—No lo sientas, nena. —Besa mi sien—. Siempre has sido tú. Presente, pasado, futuro, sólo tú. —Sus ojos también lucen brillosos—. Perfecta o rota, siempre serás tú.

Sus palabras sólo me hacen llorar más.

Mis muslos duelen, señal de que en algún punto cercano al momento actual Dean ha hecho uso de mi cuerpo sin mi permiso, de nuevo, llevándose consigo un pedazo más de mi dignidad y valor. Otra vez, no sé cuánto tiempo más pueda soportar esta situación sin quebrarme completamente o hacer una locura. Si Liam no estuviera trabajando como un ancla, manteniéndome cuerda cuando no estoy siendo una víctima completa de las drogas, me habría suicidado de alguna manera. Quizás quemando mis muñecas con las sogas.

Mi cuerpo se retuerce levemente con alivio cuando me doy cuenta de que la temperatura es soportable, a nivel ambiente, pero se estremece con fuerza cuando me doy cuenta del precio que seguramente tuve que pagar para ello: para hacerlo lo suficientemente feliz como para que por un momento no quisiera hacerme daño. Llora en silencio. Nunca me sentí tan desgraciada como ahora. Lo peor es que estoy cuerda. Debería agradecerlo, pero justo en este momento preferiría no ser consciente de mí misma. Sin embargo, al igual que cada vez que desata su instinto carnal conmigo, me deja sin drogas para torturarme de una manera completamente diferente.

Sin daño físico. Sin marcas. Sin dolor.

Se trata de hacerme saber que me tuvo y que puede volver a hacerlo cuando quiera. Aprovechando que no estoy atada, los minutos de libertad para mis extremidades, junto con la no-tortura, son lo único bueno de esto, me muevo subiéndome mis rodillas a mi pecho y abrazándome a mis piernas. La temperatura puede ser aceptable, pero siento tanto frío. Las lágrimas no

salen de mis ojos, aunque lo único que quiera sea llorar. Estoy entumecida por la muestra del alcance del poder que Dean tiene sobre mí. Soy suya.

En este sótano, soy suya al cien por cien. Cada fibra de mí.

—Buenos días, preciosa. —Me estremezco con el sonido de su voz cuando la puerta se abre. Él entra llevando una bandeja consigo. Tiemblo al ver su contenido. Está usando un traje hecho a la medida bastante extraño. La chaqueta es marrón, un color que él nunca usaría, con botones negros—. Veo que te has movido. —Su ceño fruncido me aterroriza. En lo que a mí concierne, podría significar que está preparando la siguiente manera en la que me torturará—. Pero ¿sabes qué? —Niego. Su sonrisa no es una buena señal—. Me importa una mierda. Me diste una buena noche. Ese es tu premio.

Suspiro con alivio, mi corazón quebrándose.

Me diste una buena noche.

—Gra... gracias —murmuro con la garganta seca.

—No hay de qué.

Me empuja con suavidad para sentarse en la esquina superior del colchón en lugar de ocupar asiento en el otro extremo. Gimo al traspasarme. No hay heridas nuevas, pero las antiguas duelen. Cada vez que me veo a mí misma en el espejo del baño, cuando Dean decide que puedo asearme, lloro al notar que hay más. Mi cuerpo es un mapa del dolor, pero estoy segura de que él las ve como tatuajes o una especie de obra de arte. Es lo que gritan sus ojos cuando se posan en mi cuerpo desnudo. Yo lo único que puedo sentir es desesperanza. Si se ha atrevido a hacerme tanto daño es porque piensa que puede salir indemne de ello. Dean nunca hace cosas sin pensar. Es impulsivo, pero no estúpido. No me golpeó por primera vez hasta que no estuvo seguro de que no me iría de su lado.

Mi pecho se infla y desinfla bruscamente al captar el olor del contenido del recipiente. Huele a chocolate con algo más, ¿panqueques? Mi estómago se retuerce. No recuerdo a última vez que los comí, pero sé que aquí no lo he hecho. Dean me alimenta con básicos, pan, agua, rebanadas de queso o jamón, o con las sobras de sus comidas caras en algún restaurant, que, por supuesto, nunca han sido panqueques.

—Amaría llevarte conmigo para que pudiéramos seguir con tu educación fuera de esta pocilga —susurra sobre mí una vez me deja comer. Están bañados en nutella y me es realmente difícil no abalanzarme sobre ellos como un animal hambriento. Lo único que me detiene es la intuición de que eso posiblemente le dará un motivo para castigarme—. Seguramente piensas que adoro tenerte aquí. —Su expresión se ensombrece—. No lo niego. Me gusta mucho hacerte pagar por dejarme y haberte ido con él, Ellie. —Gimo cuando sus manos jalan mi pelo, pero en ningún momento dejo de comer. En cualquier momento podría cambiar de opinión y llevarse lejos mi desayuno—. Pero una vez me desquito contigo, lo único que quiero es hacer que vuelvas a ser mi mujer de nuevo. —Su agarre se afloja. Respiro—. Tenerte durmiendo a mi lado cada mañana... —Acaricia mi mejilla con suma delicadeza, una locura al lado del trato que he recibido de esa mano durante mi cautiverio—. Verte luego de regresar al trabajo. Tu ropa junto a la mía en el armario. Llevarte a cenar. Ir de vacaciones contigo para agradecerte lo bien que te portas. —Me atraganto un poco con los panqueques cuando me doy cuenta de que, literalmente, está describiendo lo que fue nuestra vida juntos antes de que llevara su deseo de causar dolor al prójimo a casa—. Quiero que cocines para mí, Elizabeth, como antes. Que te vistas para mí. Que duermas junto a mí. Que sostengas tu pequeña mano de muñeca en el aire para que la tome —murmura—. Que vivas para mí.

Algo en mi cerebro hace cortocircuito cuando frota suavemente su nariz contra la mía. Sus manos viajan a la bandeja mientras repite el gesto una y otra vez, buscando mis labios. Los separo para permitirle el acceso a su lengua, para que se movilice dentro de mí a su antojo. Lo hace por un rato hasta que, sospecho, se aburre. Cuando se separa hay una sonrisa en su rostro que me hace estremecer. No es a la que estoy acostumbrada, sádica con un montón de secretos ocultos, sino una mezcla de dolor y nostalgia, la cual por fin lo hace parecer... humano.

Un horrible humano, pero uno, al fin y al cabo.

—Lamentablemente no puedo llevarte conmigo —dice con un tono de voz lleno de dolor—. Vienen por mí, preciosa, alguien nos delató antes de que pudiera convencerte de que tu lugar está conmigo y de que Liam es el único al que debes temer. —Besa mis labios rápidamente—. Así que debo

despedirme.

La esperanza me noquea.

— ¿Me dejarás libre?

Su sonrisa cambia. Regresa a lo sádico y casi sobrenatural.

Regresa el monstruo.

—No. Es conmigo o con nadie, Elizabeth. Estás muy débil. Sin tener que arrastrar con nadie más, salvo conmigo mismo, puedo desaparecer con poco esfuerzo. —Medita por un momento mientras yo proceso sus palabras. Es conmigo o con nadie, dijo. Eso me asusta—. Para llevarte tendría que prepararte. Teñir tu cabello, cambiar tu apariencia, esas cosas. —Me ofrece un trozo de panqueques con el tenedor. Había esperado que no me dejara continuar con mi comida, no que él mismo me alimentara. La forma en la que me habla, sin embargo, como si le explicara a un pequeño niño que sus padres están por divorciarse, hace que el miedo regrese—. Eso me tomaría tiempo que no tengo. —Su voz deja escapar silbidos que indican miedo—. Están bastante cerca ya.

— ¿Quiénes? —pregunto con genuina curiosidad.

Cualquiera que pueda causarle terror, es mi héroe.

—La escoria de mi hermano y sus malditos amigos policías. —Aprieta su mandíbula con fuerza. Rezo para que no decida desquitarse conmigo, más todavía para que no se dé cuenta del acelerado ritmo de mis latidos ante la mención de Liam, mi verdadero amor a pesar de lo mucho que ha intentado hacerme odiarlo—. Te están buscando. —Sus labios dejan de sonreír. Se retuercen en una mueca—. Te encontrarán.

— ¿Viva?

Asiente.

—A penas.

Me besa de nuevo, sólo que esta vez por más tiempo. Mientras lo hace coge el otro contenido de la bandeja, el que me asustó cuando entró y presiona la punta de la aguja contra la unión de mi brazo con mi antebrazo. La presión quema a medida que el contenido de la jeringa sea cual sea, se vacía en mí.

Empiezo a flotar segundos después de que la aguja es retirada de mi piel, pero aun así sigo lo suficientemente lúcida para escuchar el resto de lo que tiene que decirme, aunque no estoy muy segura de que eso estuviera en sus planes.

—Te amo, Ellie. Fueron tantos años juntos. —Sus manos acarician mis brazos mientras me sostiene, esperando que el efecto de su pócima sea completo—. Me obsesioné contigo, preciosa. Lo admito. Te grabé en mi mente desde el primer momento en el que te vi, aunque no fue hasta que supe que Liam estaba enamorado de ti que decidí actuar. Traicioné a mi hermano, Elizabeth, a mi único amigo, porque te quería tanto como yo a ti. —Me besa la mejilla con suma suavidad, mordiéndola después sin causarme verdaderamente daño. En medio del delirio casi quiero reír, un sentimiento histérico que viene desde lo más profundo de mí, ante ello. Creo que ya nada puede causarme dolor. Ni siquiera un soldado está tan bien entrenado como yo—. Los tres sabemos que fue a mí a quién viste primero, no a él. —No lo niego—. Planeo tenerte de regreso pronto. Es la única razón por la que dejo que vuelvas a sus brazos. —Siento su sonrisa detrás de mí, aunque no pueda verla—. Pero ambos sabemos que realmente no estarás con él, ¿cierto? Siempre estaré contigo.

Tampoco lo niego.

No hay manera de que pueda borrar todas mis cicatrices.

Me agito fuertemente una vez cobro consciencia de mí misma, asumiendo la realidad, tras recobrar la memoria de lo que es mi último recuerdo de Dean. Ya que estuve la mayoría de mi tiempo cautiva drogada o retorciéndome de dolor, muchos de ellos han desaparecido por completo. Otros, por su lado, han ido apareciendo de a poco en sueños o asociados a objetos o

pensamientos específicos. Cada vez que me veo en el espejo, por ejemplo, me miro a mí misma en el sótano, antes de la ducha, y la forma en la que él solía observarme cuando evaluaba el estado de mi piel tras los castigos. Fueron varias veces que causaron varias marcas diferentes, por lo que casi siempre tengo una imagen para cada vez que decido verme en uno de ellos. Eso no es sino otra prueba de lo duro que Dean trabajó para quebrarme.

La pregunta importante aquí es si lo logró.

A veces, como hace unas horas cuando no pude dejarme tocar por Liam, pienso que sí. Otras, como justo ahora cuando no puedo pensar en nada más allá que el calor del cuerpo que me envuelve, acunándome en mis pesadillas, creo que no.

—Nena —susurra Liam apretándome aún más contra sí.

Ronroneo. Este es un tipo de contacto que puedo soportar.

— ¿Sí?

— ¿Estás bien?

—Estoy bien —miento. Él lo nota, pero gracias a Dios el gruñido de mi estómago me delata de una forma completamente diferente—. Hambrienta, pero bien.

Ríe. De nuevo, una herida se cierra cuando lo hace.

Su risa es sanadora.

—Vayamos a comer algo.

Gimo, indispuesta a abandonar la cómoda cama en la que estamos. Es un paraíso en la tierra. No puedo imaginar nada mejor que estar aquí con él, sobre esta gran nube, hasta que nos hagamos viejos.

— ¿No podemos pedirlo?

Niega con vehemencia, su cabello sacudiéndose de la más sexy forma cuando lo hace. Gruño. No lo entiendo. ¿De qué sirve ser el jefe si no puedes pedir lo que quieras a domicilio? Si fuera él, podría tener cualquier cosa que quisiera con sólo marcar un número de teléfono. Sushi, pizzas, hamburguesas por montón... cualquier comida o cosa que quisiera.

—No, lo siento, debemos salir de aquí. —Me besa—. He hecho un trato conmigo mismo. No te tendré hasta que esta mierda esté completamente superada. Debes sanar primero y por lo que sea que ese imbécil te hizo en contra de tu voluntad, eso no involucra el sexo. —Tiemblo. Eso es lo más parecido a una afirmación sobre el hecho de que fui violada por Dean que he escuchado salir de su boca desde que salí del hospital y de todos esos exámenes incómodos que he escuchado. Es desgarrador. Una cosa es tratar con mi propio dolor y vergüenza, pero que otros también se vean involucrados en ello, afectados, como el hombre que amo al no poder consumir lo que sentimos el uno por el otro... me destroza por dentro. Espero que no sea así siempre. Sé que no será fácil, pero trabajaré duro para superarlo—. Estar en una cama lo hace difícil —confiesa con una sonrisa tensa, quebradiza, que pretende tranquilizarme.

— ¿Puedo ducharme primero? —pregunto.

—Por supuesto, nena. —Se levanta, retirándose suavemente de su cuerpo, con un salto. Luce un poco desaliñado. Su camisa se arrugó y su cabello ahora sí tiene ese aspecto despeinado y sexy, pero sigue estando tan comestible como siempre—. Te esperaré en la sala. ¿Qué quieres comer?

Una sonrisa tira de mis labios.

— ¿Así será siempre?

Una arruga se forma en su frente.

— ¿Cómo?

— ¿Cumplirás cada deseo que tenga con tu varita mágica?

Infla el pecho.

—Lo que más me gusta de esta isla es que soy una especie de rey aquí, lo que te hace mi reina. —Se acerca para atraerme a su cuerpo y darme un abrazo en conjunto con un beso casto y delicado en los labios. Mi corazón se infla—. Puedo darte todo lo que quieras aquí. Cada deseo que tengas lo puedo hacer realidad con un chasquear de dedos.

—Mm. —Muerdo mis labios—. ¿Qué tal un poco de sushi?

Se aleja abruptamente.

— ¿En serio, nena? ¿Te ofrezco cualquier tipo de comida en el maldito menú internacional y eliges lo único que no puedo si quiera mirar? Debes estar bromeando.

Una carcajada brota de mí. ¿Tanto odio por una comida?

— ¿No te gusta?

Niega.

—Decir que no me gusta es poco. Lo odio. No nací para el maldito pescado crudo. —Se estremece—. ¿Por qué no eliges algo más... italiano?

Alzo una ceja.

—Me estás ofreciendo el maldito menú internacional... —Señalo su pecho con mi dedo, avanzando y haciéndolo retroceder con mi fingida actitud molesta. Debo admitir que estoy usando mucho de la influencia de Margaret en este momento—. ¿Y dices que debería pedir pizza? —Me cruzo de brazos.

Se encoje de hombros, una sonrisa tirando de sus labios.

—Pensaba más en una pasta, pero si insistes.

Sonrío, dándome la vuelta y dirigiéndome al baño.

—Que sea de pepperoni, con champiñones y anchoas.

Lo último que escucho antes de ir a la ducha es su gruñido disgustado. Sonrío. Seguramente es uno de esos aburridos que está bien con tener su pizza de la manera tradicional: jamón, queso y salsa, pero si me ama, tiene que acostumbrarse. Hay muchos platillos exóticos entre mis gustos favoritos.

Lo mismo pasará con el sushi.

Tiene que adaptarse. Haré que lo ame.

La ducha hace que mis músculos, todavía en tensión debido a la pesadilla, se relajen. Presiono mi frente contra las baldosas y disfruto de las velocidades del agua. Es tan cristalina y pura que me encuentro abriendo la boca, sedienta, bebiéndola en gotas. Me limpio con sales y atiendo mi cabello con shampoo y acondicionador de marca, la envidia de cualquier mujer, que Liam compró para mí. Es tan lindo y delicado conmigo que a veces quiero llorar. No solamente aquí, en la isla, sino en cualquier parte del mundo. En Londres, mientras me cuidó en su apartamento, me mimó de todas las maneras posibles. Cada vez que pensaba que no había formas, se inventaba una nueva que instalaba una sonrisa en mi rostro por horas. A veces mi mandíbula dolía y de la buena manera.

Una vez termino de limpiarme, aprovechando para afeitarme con las cremas que encuentro, me envuelvo en una bata de baño con el emblema del resort y me dirijo al armario, donde vi prendas colgadas en mi inspección a la habitación antes de ducharme. Son cosas que Liam compró para mí, de mi talla, perfectas para la isla. Tomo una falda larga con encajes y un top que se ajusta con una cinta. Es negro y sencillo, deja ver una buena porción de escote sin verse vulgar, y queda perfecto junto con un par de perlas que tomo de un pequeño cofre que grita por mi atención. Uso sandalias sin tacón, de tiras y cuero marrón, y dejo mi cabello mojado suelto cayendo por mi espalda. No me maquillo, sólo aplico algo de brillo a mis labios y rímel a mis pestañas. Una vez estoy lista, tomo mi teléfono y me dirijo a la sala. Liam salta del sofá al verme, sus ojos brillando con admiración. Lo entiendo. Es la primera vez que realmente deposito algo de esfuerzo arreglándome a mí misma desde que fui liberada. Una parte de mí lo extrañaba, otra lo veía estúpido. ¿Verme linda por fuera mientras estoy completamente destruida por dentro? *Pff*. ¿Qué sentido tiene eso? Sería como cubrir una pila de popo con un mantel de flores.

Por otro lado, es del agrado de Liam de quién hablábamos.

Liam, que había hecho hasta lo imposible por hacerme sentir mejor. Liam, cuyo amor por mí había perseverado a pesar de mi loca fijación por su gemelo. Liam, irresistible y encantador, todo para mí, así que sí, por un lado, valía la pena hacer el esfuerzo. Liam lo valía todo.

— ¿Y bien? —Fui un nivel más allá dando una vuelta sobre mí misma—.

¿Cómo me veo?

Su sonrisa es toda la respuesta que necesito, pero aun así responde.

—Como la mujer más bella que he visto en toda mi vida. —Rodea mi cintura con su brazo, apretándome contra él mientras caminamos como si la temperatura no estuviera por encima de los treinta grados—. Nuestra pizza a la leña ya está casi lista. Tenemos que darnos prisa.

Mis mejillas se sonrojaron al darme cuenta de que probablemente hizo todo un escenario para nosotros.

— ¿Comeremos a la luz de la luna? ¿Frente al mar?

El tono rosado en su rostro, como una continuación del mío, me responde. Río. Es tan lindo.

—Pensé que te gustaría.

Me pongo de puntitas para besar su mejilla con comodidad.

—Por supuesto que sí. Es perfecto.

— ¿No crees que sea demasiado... cursi?

Niego.

—Para nada. Eres el mejor.

—Vamos. —Suelta un suspiro de alivio.

¿Cómo pudo si quiera pensar que no me gustaría? ¿A qué mujer no? Toma mi mano una vez estamos en el pasillo y nos arrastra fuera del edificio en dirección a la playa a través de un camino de ladrillos rojos. Una vez estos son suplantados por la suave arena, veo frente a nosotros un pequeño restaurante al aire libre donde hay parejas y familias comiendo pizza a la leña. Mis labios se curvan ante la visión de un pequeño niño de tal vez dos años llevando sus manos llenas de salsa a su boca, manchándose. Es tan tierno e inocente y su madre lo observa con más adoración, con tanta de ella, mientras lo limpia que con molestia. Inconscientemente llevo mis manos a mi vientre mientras nos sentamos. Realmente nunca he pensado en tener niños. Dean nunca quiso hablar de ellos antes de que nos casáramos. No estaba listo para ellos y ahora mismo doy gracias a Dios por ello. Si así fue como esposo, ni siquiera quiero imaginarme cómo habría sido como padre. Él o ella no

merecían tener a alguien como él en su vida. Nadie, en realidad, lo hacía.

— ¿Cómo está la pizza? —pregunta cuando le doy mi primer mordisco a la gran obra de arte frente a mí.

Además de lo que pedí, tiene pimentón, cebolla y muchos otros ingredientes que hacen que mis papilas gustativas den saltos olímpicos dentro de mi boca, especialmente el orégano. Olvidé mencionárselo, pero soy adicta al orégano desde pequeña. Solía ponerlo en mis sándwiches para el colegio o en mis almuerzos, fuera lo que fuera que mamá hubiera empacado para mí.

—Está buenísima. —Gimo limpiando las comisuras de mis labios con una servilleta. Las velas en la mesa, en lugar de contrastar con nuestra pizza tamaño familiar, son muy románticas—. Gracias, Liam.

—No me agradezcas, nena —dice llenando su boca con un gran mordisco de una gran porción que estoy segura de que son dos o tres triángulos en lugar de uno. No hay forma de que lo pueda imitar.

Suelto una risita.

— ¿Te sientes más malo cuando me dices así?

— ¿Cómo? ¿Nena? —pregunta.

Afirmo.

—Sí.

Sonríe. *Dios, amo esa sonrisa.*

—Bueno, realmente no me siento más malo, pero sí más como si volviéramos a donde nos quedamos. —Alza las cejas de forma insinuante—. Antes de que me marchara, quiero decir. Éramos adolescentes. Debí pasearte en la parte trasera del asiento de mi moto y llevarte a acampar a la playa, esas mierdas, me arrepiento tanto de haber sido un idiota cobarde. No dejo de pensar en el montón de basura para ti que habría evitado si hubiera tenido un par de bolas. —Su expresión se vuelve una tormenta—. Joder. Quizás a este punto tendríamos hijos ya.

Me estremezco al pensar en ello. No quiero bebés aún. No importa si cada vez que vea uno piense lo contrario. La verdad en el fondo quiero encontrar mi equilibrio perfecto primero, lo que significa tener la casa, el trabajo y el

papá perfecto. Mirando a Liam, debo admitir que probablemente, si hubiéramos estado juntos desde el colegio, a estas alturas estaríamos viviendo juntos ya en una preciosa casa con cerca blanca y un montón de niños. Él sería el papá perfecto. Su personalidad, a veces infantil, es perfecta para asumir el papel de papá y, por la forma en la que habló de nuestro futuro perdido, el tono en su voz, puedo intuir que los quiere.

Darme cuenta de ello no hace más que mortificarme.

¿Cómo podré darle un bebé cuando, para eso, debo pasar por algo para lo que no estoy lista? El solo hecho de pensar en ello, aunque sea con Liam, uno de los hombres menos desagradables para hacerlo, me da escalofríos, lo cual no debería pasar y menos cuando tengo la certeza de que con él nunca sería una mala experiencia.

— ¿Quieres bebés? —pregunto con un susurro débil.

Liam se tensa, lo que me hace fruncir el ceño, porque es una reacción totalmente inesperada. No puedo leer su mirada, así que espero su respuesta con atención.

—Demonios, sí. —Bebe de su vino con rapidez—. Es lo más que quiero en este mundo, Ellie. —Aprieta mi mano por encima de la mesa—. Y los quiero contigo. Montones de ellos con tus ojos, quizás una niña con tu cabello... — Su tono se vuelve ronco y lleno de... ¿nostalgia? —. O un pequeño hombrecito con quién pueda jugar fútbol. Realmente no importa el sexo o cómo luzcan, si son nuestros siento que los amaré tan fuerte.

Me quedo sin respiración.

Cada vez que es tan hermoso, me pateo por no haber estado con él desde el inicio. Como él dijo, habríamos evitado tanta basura. A diferencia de Liam, no olvido que no he sido la única que ha sufrido aquí. Él tuvo que soportar por años el hecho de que fuera babeando tras el hermano equivocado, en las sombras, con el corazón roto.

—Yo no... no sé si esté lista para eso. —Las lágrimas pican mis ojos, pero me niego a dejarlas caer. Estoy tan cansada de llorar directa o indirectamente por Dean—. Lo siento mucho, Liam. Créeme. Desearía darte todo lo que quisieras. Eres tan lindo conmigo... a veces pienso que no lo merezco.

—Joder, no. —Le da un apretoncito a mi mano—. No digo que tengamos que dar el paso ahora, por mucho que me muera por verte caminando hacia el altar en nuestra boda o embarazada de nuestros bebés. —Lleva el dorso de mi mano a sus labios y les da un suave beso—. Sé que necesitas tiempo para sanar, Ellie. Lo asumo. Prefiero esperarte por meses, diablos, por años si es necesario, con la certeza de que un día te tendré, que renunciar a ti. —Se echó hacia atrás de la forma más casual—. Además, ¿qué sería de mí si no estás para obligarme a ir al gimnasio? —Llevó otro gigantesco trozo de pizza a su boca—. A este ritmo estaré como una pelota antes de los cuarenta si no es por ti para bajarme la autoestima, Ellie.

Liam, con ese comentario, logra lo imposible e instala una sonrisa en mi rostro.

—Creo que tu autoestima está lo suficientemente alto ya.

Niega.

—No todavía.

Junto las cejas recordándolo pasearse por la playa con un pequeño traje de baño que marcaba sus músculos. *¿Alguien puede tener la autoestima aún más alto?* No lo creo.

— ¿Qué hace falta?

Arroja un trozo de pepperoni a su boca como una foca.

—Escuchar muchas más palabras con n saliendo de la boca de la chica más preciosa que he visto.

Me sonrojo. Liam es, sencillamente, lo mejor que me queda.

Cualquier duda respecto a ello es nula.



Elizabeth y yo paseamos por la playa una vez terminamos de comer. Sus pies descalzos se funden en la arena, junto a los míos, dejando marcadas huellas de sus pequeños pies en ella. Su mano izquierda sostiene sus sandalias, al igual que mi derecha mis zapatos, mientras que el par restante permanece entrelazado con la del otro. Suspiro como un idiota enamorado cuando apoya parte de su frente en mi hombro, arrimándose más hacia a mí, y hace su paso más lento. En un principio pensé que le costaría si quiera verme debido a mi gran parecido con su captor y violador, pero ahora, luego de casi un mes siendo su protector, no puedo estar más feliz. No estamos tan cerca como quisiera que lo estuviéramos, pero con estar lo suficientemente cerca como para ayudarla a sanar estoy contento. Eso, tomando en cuenta todo lo que tuvo que pasar con él, es más que suficiente. Es demasiado. Debo hacer hasta lo imposible por valorarlo y no presionarla.

El incidente de más temprano, cuando dejé que la pasión me nublara la mente, fue una prueba de lo fácil que sería quebrarla si permitía que algo así sucediera de nuevo. Debo ser consciente de lo duro que está trabajando para si quiera sostener mi mano. He visto tanto la mirada en sus ojos ante el contacto físico de cualquier otro, incluyendo su padre, llena de pánico, así como también la forma en la que se encoje cuando cualquiera, mujer u hombre, se acerca demasiado. Es casi un milagro que decidiera elegirme como su guardián. La única persona con la que no se sobresalta es conmigo. Planeo mantenerlo así.

Así como también planeo hacer pagar a Dean por ponernos a esta situación.

Mi mente se encuentra 24/7 maquinando nuevas formas de hacerlo pagar

cuando lo encuentre. Rezo día y noche para hacerlo antes que la policía misma. Le he pagado a muchos investigadores y caza-recompensas para que lo encuentren y traigan a mí, pero conociéndolo y no cometiendo el maldito error de subestimarlos de nuevo, probablemente no suceda. Dean es como una maldita rata: tiene un montón de agujeros donde esconderse. Además, los cargos y la orden de captura por el asesinato de mis padres sólo abrieron una puerta a un montón de otros cargos. Algunos de ellos relacionados con casos del prestigioso bufete para el que trabaja en Londres, debido a trampas y tratos bajo la mesa, otros debido a sus juegos sucios con algunas mujeres. Sí. No sólo trataba a Ellie como la mierda, golpeándola y haciéndole Dios sabe qué, sino que también la engañaba con putas con quienes saciaba sus sádicos deseos psicópatas. Esto lo descubrió la policía mientras lo investigaba, pero lo dejaron de lado hasta que realmente encontraron una víctima que decidió presentar su denuncia y animó a las otras a hacer lo mismo, por lo que ahora mi hermano es con todas sus letras un prófugo de la justicia. Independientemente de que no se haga nada con respecto a Ellie y a mis padres, lo cual dudo, es una persona jodida en cada uno de los malditos sentidos.

Es la cárcel o una lenta, pero segura, muerte en mis manos.

Esa noche, mientras Ellie peina su cabello antes de acostarse conmigo a ver una película en el sofá, tocan nuestra puerta, interrumpiéndonos. Gruño al intuir de quién se trata. No le he dicho a nadie del servicio que venga y di ordenes explícitas de que no nos interrumpieran, por lo que sólo hay una persona en todo el resort que lo haría. Me levanto ya que Elizabeth está en el baño y abro. Me cruzo de brazos al ver a Margaret llorosa, moqueando, usando nada más que un revelador bikini rojo. Es impresionante y absolutamente hermosa, pero ni siquiera con sus peligrosas curvas es tan linda para mí como Elizabeth.

— ¿Dónde está Elizabeth? —pregunta luchando con mi bloqueo para entrar.

—En el baño —gruño.

—Déjame pasar. —Me empuja con todo su peso, lo cual no es suficiente. No quiero más maldito drama para nosotros. Con el que tenemos ya es suficiente —. ¡Liam, por favor!

—Ellie ha tenido un día difícil —digo con cara inexpresiva.

De verdad no la quiero aquí. ¿Dónde está Dan?

— ¡Yo también! —Me empuja más fuerte, haciéndome perder los nervios casi por completo.

Lo bien que me pudo haber caído por el hecho de odiar a Dean, se desvanece. Jamás podría querer a esta perra egoísta de la forma en la que Ellie lo hace. No sé porqué mierda son amigas, la verdad. La mujer ha estado más pendiente del spa y de pasar sus vacaciones perfectas que de cuidar a su amiga. Eso es una mierda en lo que a mí respecta.

— ¡No es su maldito problema!

— ¡Es mi mejor amiga!

— ¡Es mi mujer!

— ¡Eres un asqueroso idiota! —Vuelve a empujarme. Inhalo bruscamente—. ¡Realmente necesito hablar con ella!

—Deberías irte —siseo.

— ¡No! —Sigue empujándome. Cuento regresivamente intentando mantener el control. Me estoy hartando de esta mierda—. ¡Muévete!

— ¡Liam! ¡Margaret! —Ellie sale del baño con una expresión perpleja. Gruño echándome hacia atrás, oportunidad que la pelirroja toma para invadir nuestra privacidad entrando a nuestra habitación sin invitación—. ¿Qué sucede?

Separo los labios para hablar, pero Margaret se me adelanta.

Por supuesto.

— ¡Ellie! —chilla echándose a sus brazos a llorar.

— ¿Qué le hiciste? —me pregunta.

Me encojo de hombros.

—Llegó llorando. Yo no hice una puta cosa.

— ¿Po... podemos hablar? —le pregunta en medio de hipidos.

Mi chica asiente, mirándome. Sabiendo lo que eso significa, tomo mi celular de la encimera de nuestra cocina y me marcho de nuestra suite con un portazo.

Otro momento arruinado por el drama se suma a la lista.

Adiós, películas.

Encontrar al responsable de la razón por la que no estoy acurrado en ese sofá con Ellie es fácil. Una llamada a mi gerente dándole la descripción de Dan me da su localización. Lo hallo en el bar del hotel con una botella casi terminada frente a él. Está sentado en la barra usando un short floreado, nada más, mostrando sin vergüenza los arañazos que Margaret debió haber causado en él. Casi siento lástima por su culo, pero recordar que debido a su enamoramiento con la mejor amiga de Elizabeth mi chica fue capturada por Dean lo enfría, por lo que paso a estar agradecido con el destino por hacerlo sufrir. Si yo no puedo estar en paz con Ellie, me alegra saber que ellos tampoco.

— ¿Le sirvo algo, jefe?

Niego cuando Sasha, la barman demasiado hermosa que contraté hace un par de años, se acerca con ojos esperanzados. Ha estado tratando de tentarme desde que empezó a trabajar conmigo. La única razón por la que no me he deshecho de ella es porque atrae clientes, pero si sigue intentándolo conmigo y con otros miembros del personal, está fuera.

—No, gracias, Sasha. Estoy de paso. —Me giro en mi taburete para quedar frente a Dan. Además de atacado por una gata, luce cansado y deprimido como la mierda—. ¿Cómo va la noche, amigo?

—Idiota —gruñe sin razón lanzándose otro trago.

Alzo las cejas.

—Vamos, Dan, ¿qué te hace beber así? —insisto.

Llámenme cotilla, pero quiero saber la maldita razón por la que Margaret interrumpió mi noche perfecta con Elizabeth.

—La pelirroja —explota apretando tan fuerte la botella que me alejo en el caso de que se rompa—. Es tan... desesperante. Sólo quería cogerla, ¿bien? Nunca me propuse algo serio después de la muerte de Ana y los niños.

Su voz se vuelve grave, como si estuviera a punto de romperse, cuando los menciona. Me quedo callado, todo rastro de burla o chiste sobre la situación se desvanece. Ahora más que nunca lo entiendo. Una parte de mí se quebró para siempre cuando supe que Dean hizo que Ellie perdiera a nuestro bebé. Maldición, ni siquiera puedo pensar en ello sin perder mi mierda cabeza. Más temprano, cuando me preguntó acerca de tener niños, casi voy por una pistola y voy en búsqueda del trasero de mi hermano por mi cuenta. En realidad, lo único que me detiene de hacerlo es ella. No puedo dejarla sola en este momento. Simplemente no puedo, así como tampoco puedo perdonarlo por lo que hizo. Cualquier cosa que pudo haber quedado dentro de mí hacia él, amor fraternal y esa mierda, se desvaneció una vez el médico me informó sobre el aborto que sufrió Ellie. Dios, ni siquiera sé cómo se lo diré. Por cómo hablé de formar una familia más temprano y su expresión, sé que no está preparada para ello como yo lo estoy, pero conociéndola también sé que aunque no lo haya esperado, le destruirá saber lo que Dean le hizo a nuestro bebé.

Esperar el tiempo necesario para contárselo, cuando ya esté mejor, está siendo una agonía. Nadie, salvo sus padres, lo sabe. Una parte de mí espera que sane rápido para poder compartir algo de esta pena con ella. Guardármelo me está consumiendo, pero no soy tan egoísta como para hacerla sufrir más de lo que ya ha sufrido.

—Ella quiere salir y esa mierda, Liam. Quiere citas. —Toma otro trago—. Una relación, pero no estoy listo para eso. Jamás lo estaré. Se lo prometí a

Ana. —Se quiebra. El ex-marine que he conocido por años se rompe justo frente a mí y no tengo idea de cómo actuar al respecto. Nadie está preparado para este tipo de situaciones—. Así que le dije que no. Que lo único que podía obtener de mí era mi polla. —Niega como si no se lo creyera—. Lo tomó con tanta calma que me asusté. Lo siguiente que supe es que la vi coquetear con un imbécil en la playa y perdí los nervios. Lo golpeé hasta que quedó inconsciente. —Me mira—. Lo siento por eso, por cierto.

—No te preocupes. —Le resto importancia con un movimiento de la mano—. Mi gerente probablemente ya se encargó.

Asiente.

—No la soporto, Liam, pero tampoco puedo estar lejos de ella. —Se estremece—. Te juro que cuando vi a ese imbécil tocando su espalda con sus sucias manos... quise matarlo. Matarlo y olvidar cualquier promesa que le hice a Ana y tomar a esta mujer para mí. —Bebe más—. Estoy jodido.

—Sí. Lo estás. —Me sirvo un poco de su botella, dirigiendo mis ojos a las marcas de uña en su pecho, costados y cuello, un poco de mejillas—. Pero eso no explica las líneas en tu piel. ¿Fuiste atacado por una bestia de camino al bar? Tendré que llamar a cuidados animales.

Suelta una carcajada baja.

—Margaret, se llama.

— ¿Peleó contigo?

—Sí. Está completamente loca. —La sonrisa en sus labios me dice todo lo que necesitaba saber: lo he perdido. Es el mismo tipo de sonrisa que se me instala en la cara cuando pienso en Ellie y, sin vergüenza, soy la definición de *perdido* en el diccionario—. Por un lado, me desespera. Por otro... siento que he estado muerto por años y que recién estoy despertando. —Su nuez sube y baja cuando traga sonoramente—. Me siento vivo.

Palmeo su espalda.

—Lo siento.

Frunce el ceño.

— ¿Por qué? —pregunta.

—Por ti. Estás en el club.

— ¿Qué club?

—De los imbéciles enamorados.

Hace una mueca.

—No se siente bien.

Me encojo de hombros.

—Lo hará.



Cuando vuelvo a mi habitación son más de la una de la madrugada. No me sorprendo al ver a Ellie despierta todavía, sus labios frunciéndose en una mueca de dolor, cuando abro la puerta. Después de la siesta que nos tomó parte del mediodía y casi toda la tarde, yo tampoco quiero dormir en lo absoluto. Me divierte ver que de alguna forma mandó a la mierda a Margaret y empezó la noche de películas sin mí. La diversión se esfuma, sin embargo, cuando me doy cuenta de que no es una película lo que está viendo, sino el reality de las Kardashians.

—Dios. De verdad eres buena pateando mi ego. —Me siento en el sofá y la animo a hacer lo mismo sobre mí. Una sonrisa se extiende en mi rostro cuando ocupa asiento en mis piernas. Por un momento casi me arrepiento de pedirselo—. Primero me dices que si no me mantengo en forma seré abandonado. Luego mandas a la basura mis esfuerzos por ser romántico. —Inhalo algo de su suave aroma, embriagándome por completo con él, como si en cualquier momento alguien pudiera venir a quitármela—. Ahora cambias nuestra noche de películas por un drama amoroso que no es nuestro y por un reality de la cultura pop del siglo XXI.

Se encoje de hombros con una risita que derrite mi corazón.

—Me gusta su maquillaje.

Muerdo su mejilla.

—Eso pensé. Viendo la enorme caja que trajiste. —Hago una mueca—. Por favor, Ellie, nunca te llenes toda de esa mierda. Como estás es perfecto.

—Me gusta el maquillaje, la ropa... —Ríe muy fuerte al ver mi cara de terror

—. Lo siento, soy mujer, es normal que esas cosas me gusten. —Rodea mi cuello con sus brazos, mandando al demonio a Kim y a sus hermanas—. Pero usaré pantalones anchos y bigote si eso te hace feliz.

Niego con más pánico ante esa idea.

Prefiero que use tanto maquillaje que sus facciones se pierdan si eso la hace feliz a que luzca como un hombre para hacerme feliz a mí, cosa que además no me haría feliz en absoluto.

—De ninguna manera.

Ríe aún más fuerte.

— ¿Seguro?

Vuelvo a morder su mejilla.

—Seguro.

Cuatro semanas después seguimos completamente absortos el uno en el otro. Cada día hacemos alguna actividad turística para mantener su mente ocupada, lejos de Dean, del cual no tenemos ninguna noticia. Actualmente, por otro lado, tengo que enfrentarme a dos tareas sumamente difíciles. La primera es mantener mi mente clara ante el hecho de saber que el idiota está por allí, libre, después de todo lo que le hizo. La segunda es ver a Ellie en bikini casi a cada hora. Mantener mis manos lejos es un trabajo duro, pero empeora cuando comienza a recuperar el peso perdido y sus curvas regresan.

— ¿Quieres vino? —me pregunta un día que decidimos pasar la mañana en la playa.

Despego mi mirada de su pecho desnudo.

—Por favor. —Dejo que llene mi copa hasta que el líquido amenaza con salirse. Luego bebo todo de un único trago—. Dios. ¿Es normal que haga tanto calor? —Sacudo mi camisa.

Tantos meses en abstinencia tienen mi mente perdida. No sólo son los casi dos meses que llevo cuidando de ella, sino los cuatro que pasó en cautiverio también. Seis jodidos meses sin sexo. Nunca he pasado tanto tiempo sin tenerlo desde que perdí mi virginidad. No quiero ser un cerdo. Por Elizabeth aguantaría años de bolas azules, pero hacerlo no significa que no duela o que sea inmune.

Soy humano.

—Estamos en una isla. —Ellie me ignora comenzando a leer una revista de moda. Gruño, cosa que hago mucho últimamente, porque no entiendo la razón por la que decidió ponerse un traje de baño tan tentador si planeaba ignorarme. Estaría feliz sólo colocándole la crema protectora—. Es completamente normal que tengas calor.

—Pediré un maldito ventilador —murmuro dándome aire con la camisa.

—No seas exagerado —ríe colocando un pie encima de mi ombligo, causando que mi estómago se contraiga fuertemente.

Dios. Casi ruedo los ojos.

A veces pienso que lo hace completamente a propósito.

Más tarde nos encontramos saliendo del resort en un todoterreno en dirección a uno de los clubs más frecuentados de la isla. Es una de las últimas noches de Margaret y Dan con nosotros, gracias a Dios, así que Ellie accedió a salir de fiesta con su mejor amiga por primera vez desde que llegó a Anguila. Extrañamente estuve bien con eso. Margaret dejó de ser un problema después de que estableció una especie de tregua con Dan en la que no le exigía nada,

pero tampoco lo presionaba jugando con sus sentimientos hacia a ella, sino que le daba tiempo, y se dio cuenta de que mi chica necesitaba apoyo, no más problemas.

Por otro lado, no deja de ser un problema lo hermosa que se está poniendo Elizabeth con el pasar de los días. No he dejado de retorcerme en mi asiento mientras conduzco, su mano entrelazada con la mía, mientras le echo algunos vistazos de reojo. Esta vez se trata de su elección de atuendo. Está usado una pequeña falda metálica rosada con una de esas nuevas y pequeñas camisas que se están utilizando que deja ver parte de su estómago. Es blanca y de encaje, tan delicada sobre su piel bronceada que lo único que quiero hacer es retirarla suavemente para besar la piel expuesta. Sus tacones no ayudan. Cuando la vi salir del baño con ellos puestos no pude hacer más que babear ante la visión de sus piernas torneadas y estilizadas. Pasa todas las mañanas trotando en la arena o nadando, de tal forma que lo que ha engordado lo ha hecho en los lugares correctos. En vez de derrumbarse y enfrascarse en el dolor, Elizabeth ha encontrado la forma de resurgir de las cenizas. Lo hace por nosotros. Por los dos. No puedo amarla más por ello.

— ¿Te sientes bien? —me pregunta, su pequeño ceño fruncido.

—Sí —miento.

Estoy hecho mierda por esta mujer.

Me siento en una de las mesas de la discoteca con Dan. Es completamente de madera, al igual que todo el local, al estilo rural. Compramos una botella de ron para los dos mientras Ellie y Margaret bailan en la pista, atrayendo la atención de hombres a quienes estoy seguro de que Dan quiere matar tanto como yo, pero a pesar de que es a mi chica a quien están mirando, no los culpo. Es absolutamente preciosa. Poco a poco está recobrando su brillo. Mi pecho se infla de orgullo al pensar en mi papel en ello.

— ¿Has sabido algo de Dean? —pregunta Dan tomando un sorbo de su vaso. Ambos usamos camisas de botones y jeans. De nuevo, parecemos algún equipo de mierda al estilo Robin y Batman.

—Nada. —Mi mandíbula se tensa—. Es como si hubiera desaparecido.

—Las personas simplemente no desaparecen. —Niega—. Debe haber algo que no hayamos visto, Liam. No hay forma de que ese imbécil se escape después de lo que hizo con Elizabeth.

—Pues lo hizo —gruño.

Su ceño se frunce, luego se relaja cuando se enfoca en nuestras mujeres bailando entre ellas en el centro de la pista del club con motivo Maya.

—Al menos se ha recuperado algo, ¿no crees?

Asiento.

—Lo hace por nosotros. La amo por eso. Es fuerte.

—Impresionante. —Me da la razón, luego empezamos a hablar de fútbol y automóviles, así como también de sus planes con Margaret una vez regresen a Londres.

Al parecer planea dar un paso al frente y finalmente invitarla a salir. Lo animo. Nadie merece tanta infelicidad como la que el hombre ha vivido. Si su alegría está al lado de la bruja bocazas de Margaret, adelante.

— ¿Estás listo para dar el paso?

Tarda un momento, pero finalmente afirma.

—No dejaré que se vaya con alguien más.

—Me parece bien.

Su frente se arruga al cabo de unos segundos de meditación.

— ¿Crees que funcione?

Sonrío, decidido a hacérselo más difícil.

— ¿Qué cosa?

—Ella y yo —gruñe.

—Ah. —Bajo y subo los hombros—. No lo sé. Lo más probable es que se maten el uno al otro. —La arruga en su frente se profundiza—. Pero eso es bueno, ¿no? Significa que tienen química —digo sin realmente tener idea sobre ello.

Los sentimientos entre Ellie y yo son más pacíficos y bondadosos, menos sobre muerte y pasión. Somos cien por ciento cursis. A la antigua, imagino.

— ¿Sabes qué? —se pregunta más a sí mismo que a mí—. No importa una mierda. Resulte como resulte, es mía. Lo solucionaremos. Haremos que funcione.

Digo que sí con la cabeza.

—Ese es el espíritu.

Brindamos por ello y seguimos con nuestra charla mientras mantenemos un ojo en nuestras mujeres, sólo que esta vez hablamos de negocios y de asuntos del resort. Charles, mi hombre de confianza, me ha alertado sobre posibles amenazas en lo que se refiere a la zona de la playa. Al parecer hay pequeñas ratas vendiendo su mierda durante mis fiestas. Después de lo que Ellie pasó siendo drogada casi todos los días durante su tiempo con Dean y lo duro que fue ayudarla a superarlo, no soporto la idea de las drogas cerca de alguno de nosotros dos.

—Tenemos que cortar la mierda de raíz —dice revisando su teléfono—. Me gustaría ayudarte, pero debo ir con Mags. Si quieres puedo enviar a alguien para que te eche una mano.

—No te preocupes. Lo tengo cubierto.

— ¿Estás seguro? —Asiento—. Joder. Vaya mierda. Si esto hubiera sucedido hace un par de meses no me habría perdido la diversión. Cazarán sin mí.

Solté una carcajada.

—Sacrificios que debes hacer si perteneces al club de los jodidos. —Lo imité sacando mi celular de mi bolsillo. Sonreí al ver una foto que Elizabeth subió al Instagram de nuestras manos juntas en la camioneta—. Acostúmbrate. Es el primero de muchos.

Bufa.

—Promete que me llamarás si la mierda se pone intensa.

—Lo haré. No te... —Paro abruptamente debido al contenido de un mensaje que me llegó hace dos horas, pero que recién he visto—. Maldición. Mierda. Esto tiene que ser una jodida broma —gruño. Cuando alzo la mirada Dan está observándome con una ceja alzada.

— ¿Qué sucede?

—Nada. —Trago alcanzando nuevamente el vaso de ron—. Es sólo un cliente. Tengo que volver al resort. —Me levanto y dejo caer una considerable cantidad de billetes en la mesa, causando que ahora ambas cejas de Dan se alcen—. ¿Puedes poner un ojo en Ellie y regresar con las chicas en taxi?

—Claro que sí —responde con los brazos entrecruzados, no muy convencido de mi excusa.

Me importa una mierda. Debo irme ahora.

—Nos vemos más tarde.

Me doy la vuelta para salir del bar tras sonreírle a Ellie desde mi posición. Ella está divirtiéndose con Margaret y otras chicas en la barra, torturando al barman con sus pedidos, por lo que no me es difícil encontrar un momento de distracción suya para marcharme. Cuando lo hago, sin embargo, el agarre de Dan me detiene antes de salir.

— ¿Estás seguro de que se trata de un cliente? —pregunta sacando un cigarrillo de uno de los bolsillos de sus pantalones.

—Sí —digo—. Tengo una maldita cita con la muerte.

Palidece, su encendedor en el aire y su cigarrillo sin prender.

— ¿Esto se trata de Dean?

—Sí.

Se tambalea hacia atrás, pateando un contenedor de basura.

— ¡Mierda! ¿Por qué no llamamos a la policía y...?

—Quiere verme sin policías —lo corto—. También lo quiero ver sin ellos presentes, así que corta eso. Necesito que mantengas un ojo en Elizabeth, esta

vez sin conseguir que la secuestren, por lo que te estás quedando con ellas como guardaespaldas.

Afirma.

—Daría mucho por poder acompañarte, hombre.

Aprieto su hombro.

—Lo sé, pero me conformo con que cuides a Ellie. Si algo pasa de nuevo...

—Niego—. No me lo perdonaría.

—Lo haré —jura—. Puedes ir tranquilo.

Lo hago.

Lo hago una vez llego al estacionamiento, abro la guantera de mi camioneta, separo uno de sus laterales y saco una semiautomática.

Epilogo

El olor a tierra mojada y suciedad es insoportable. Hace que me sienta como un gusano o una lombriz. Sucio. Asqueado. Me sacudo intentando librarme de la situación, pero sólo me encuentro con la restricción de mis extremidades. Esta es una situación que no entiendo en absoluto. No tiene ningún tipo de sentido. En un minuto estaba cerrando mi mierda con mi hermano, su cuello en mis manos y al otro me despierto en estas condiciones.

¿Qué demonios pasó? ¿Cómo terminé aquí?

Si alguna vez quise saber o tener alguna remota idea de cómo se sintió Elizabeth durante el tiempo que estuvo cautiva, esta es una. La impotencia recorre mis venas mientras intento liberarme. Salir. Por más que me muevo, sin embargo, no obtengo ningún tipo de avance. La resistencia de lo que sea que impida que lo haga es demasiado fuerte. Pasadas las horas la frustración hace que me de golpes en la frente contra la madera una y otra vez. Podría morir si no hago algo. Morir lentamente, agonizando, asfixiado. Sólo paro cuando siento la sangre deslizarse desde una herida abierta hacia abajo por mi rostro. El dolor de ella es nada al lado del pánico de estar atrapado, pero tampoco está entre mis planes causarme un derrame cerebral a mí mismo.

Esto es un infierno.

Nada es claro. No veo sombras, si quiera, ni ninguna luz al final del túnel. Intento abrir los ojos con todas mis fuerzas, pero lo único que encuentro es más oscuridad. Mi cabeza está completamente en otro lugar, por otro lado. Cada vez que la inclino envía agujonazos de dolor a mi cerebro. Mis manos no están atadas, puedo moverme, pero no tengo espacio para hacerlo. Estoy dentro de una caja, poco oxígeno llegando a mis pulmones, que desata mi maldita claustrofobia. La ansiedad sólo hace que se me sea más difícil respirar, por lo que intento pensar en cosas que me tranquilicen para no agotar antes de tiempo el posible poco oxígeno que tengo.

Ellie.

Pienso en Ellie. En la manera en la que parpadea cuando tiene sueño, cómo sus párpados bajan como un aletear de mariposas, acurrucándose contra mí como si fuera la mejor almohada que pueda haber. En su pequeña mano buscando refugio en la mía mientras caminamos por la playa en las tardes. En cómo sus faldas me tentaban cuando éramos adolescentes, haciéndome perder la maldita cordura de todas las maneras posibles e imposibles. En lo mucho que deseé tomar su mano desde la primera vez que la vi, pequeña y curiosa pidiendo una maldita taza de azúcar para su mamá. En sus ojos verdes avellanados recuperando su brillo a mi lado, no luciendo apagados como lo hacían cuando la liberé de él.

También pienso en nosotros.

Pienso en nuestro pasado, en mí teniendo que soportar cómo lo miraba y en todos aquellos momentos robados en los que tuve que mentir acerca de mi identidad para obtener, aunque sea, un saludo de su parte. Pienso en nuestro bebé. En cómo habría sido si Dean le hubiera dado una oportunidad. Es algo en lo que pienso siempre, en realidad, en el color de cabello que habría tenido o en si se hubiera tratado de él o ella. También en el nombre que habría tenido. Maldigo a Dean por arrebatármelo, deseando que ahora mismo esté viviendo un castigo peor a lo que estoy sufriendo en el infierno.

Pienso en nuestro presente, incierto y en nuestro futuro.

Un futuro que hasta hace unas horas, quizás días, prometía mucho más que lo que cualquiera podría desear porque soy uno de los pocos afortunados que

encontró a la otra mitad de su alma en esta vida. Elizabeth es eso. Mi otra mitad. Sin ella soy nada.

Eso explica la paz que pensar en ella trae, una que no he sentido desde que desperté. Demasiado cansado y asustado como para seguir luchando contra algo que no entiendo, cuya magnitud y gravedad ni siquiera sospecho, me relajo, conservando mis energías para cuando la mierda que me tiene así decida mostrarse o para cuando Dan me encuentre, lo que suceda primero. Tengo todas mis esperanzas depositadas en que lo haga, pero no me mentiré a mí mismo. Esto tiene el aspecto de algo que luce enfermo y retorcido, con firma de un psicópata a la altura de mi hermano. No sé en qué momento sucedió esto. Tampoco cómo. Mis recuerdos después de encontrarme con él en el muelle son escasos. Hay mucha agua y golpes, pero nada más. Sólo hay tres cosas que sí sé con precisión.

Estoy atrapado.

Dean está muerto.

Lo maté yo.

Estoy desmayándome ante la falta de oxígeno cuando por fin siento ascender lo que sea en lo que estoy metido. Gruño cuando mi cuerpo entumecido se mueve debido al movimiento de la caja. Escucho el sonido de una máquina trabajando, trayéndome del subsuelo a la superficie, que finalmente se detiene cuando soy depositado sobre lo que suena sobre la tierra. Cuento los segundos hasta que por fin oigo que alguien manipula una cerradura, jugando con ella hasta que un clic me impulsa a empujar el techo de mi prisión con fuerza. Estoy débil, Paolo probablemente se reiría si me viera así, por lo que me cuesta más de lo que realmente desearía salir.

Me mareo cuando me doy cuenta de que se trata de un ataúd.

Estuve malditamente muerto.

—Pensé que nunca despertaría.

Los vellos de mi nuca se erizan al darme la vuelta y toparme con la persona a la que menos esperaba ver sonriéndome de una forma que nunca pensé. Es la misma sonrisa que tenía para él cada vez que lo veía. La misma expresión escalofriante, llena de rabia y superioridad, que tenía para mi hermano. Algo en sus ojos me confirma lo que siempre pensé que sucedía tras la puerta de su habitación cuando se ofrecía a cuidarnos. Se mueve lentamente hacia mí, con la gracia que sólo puede pertenecer a un depredador, cuando retrocedo.

Dean no era el único loco del vecindario.